

LA PANDILLA JUVENIL COMO UNA TRIBU URBANA

GLORIA PATRICIA RAMÍREZ BOLAÑOS

UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y ECONÓMICAS
PROGRAMA ACADÉMICO DE SOCIOLOGÍA
SANTIAGO DE CALI
2008

LA PANDILLA JUVENIL COMO UNA TRIBU URBANA

GLORIA PATRICIA RAMÍREZ BOLAÑOS

Trabajo de Grado para optar el Título de
Socióloga

Director
Jorge Hernández Lara
Sociólogo

UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y ECONÓMICAS
PROGRAMA ACADÉMICO DE SOCIOLOGÍA
SANTIAGO DE CALI
2008

LA PANDILLA JUVENIL COMO UNA TRIBU URBANA

GLORIA PATRICIA RAMÍREZ BOLAÑOS

Descriptores:

- Pandilla Juvenil
- Tribu Urbana
- Delincuencia
- Lenguaje
- Antilenguaje

UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y ECONÓMICAS
PROGRAMA ACADÉMICO DE SOCIOLOGÍA
SANTIAGO DE CALI
2008

*A la memoria de mi padre,
por hacer de su vida palabra, compromiso y ejemplo.*

*A mi madre,
por esa sabiduría de mujer
que no hallé en libro alguno.*

AGRADECIMIENTOS

Al profesor Jorge Hernández por su asesoría en la realización de este trabajo.

A Jorge Cabezas, entrañable amigo, quien me brindó su colaboración a lo largo de este camino.

Al cuerpo de profesores del Departamento de Sociología por la formación integral que recibí de ellos.

A los informantes gracias a quienes se construyeron los relatos expuestos a lo largo de este trabajo.

A Diana, su amistad ha sido un pilar de fortaleza.

A todos mis compañeros de estudio: la sociología se hizo más agradable gracias a ellos.

A mis hermanos, Jhon Henry y David, por quienes me esfuerzo día a día.

Y a todos aquellos que me apoyaron y se preocuparon conmigo.

TABLA DE CONTENIDO

	Pág.
RESUMEN	7
INTRODUCCIÓN	8
1. LA PANDILLA ENTRE GRUPO DELINCUENCIAL Y TRIBU URBANA	13
1.1. EL PROBLEMA.....	13
1.2. ESTUDIOS PREVIOS.....	21
1.3. MARCO CONCEPTUAL	23
2. ESCENARIOS: EL BARRIO, LA CIUDAD Y EL MUNDO DE LA DELINCUENCIA.....	27
2.1. EL BARRIO.....	27
2.2. LA CIUDAD	32
2.3. EL MUNDO DE LA DELINCUENCIA EN CALI, ALGUNAS TENDENCIAS.....	36
2.4. MODALIDADES DEL MUNDO DE LA DELINCUENCIA EN CALI	41
3. LA PANDILLA COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL	44
3.1. CARACTERIZACIÓN DE UNA PANDILLA	44
3.2. ACERCA DE LA VIOLENCIA DE LAS PANDILLAS	47
3.3. CHICOS MALOS: TRAYECTORIA.....	48
3.4. CONFORMACIÓN DE TERRITORIOS	51
3.5. RITOS	55
4. LENGUAJE Y ANTILENGUAJE	58
4.1. EL LENGUAJE DEL PARCHE	60
4.2. LOS LUGARES DE ENCUENTRO: ESCENARIOS DE UNA EXPRESIÓN	67
4.3. ACTIVIDADES Y CONSUMOS	68
4.4. INTERACCIÓN CON LAS MUJERES	74
4.5. UN RELATO DE LA CÁRCEL	76
CONCLUSIONES	80
BIBLIOGRAFÍA.....	84
ANEXOS	87

RESUMEN

En el centro de la ciudad de Cali se localiza el barrio San Pascual, colindante con un sector problemático en términos de orden público como es el sector El Calvario. El barrio San Pascual, es el escenario de reunión y dinámicas de una pandilla conocida como Los Chicos Malos. Éstos fueron surgiendo como un grupo de jóvenes que se reunían en el barrio y que, dadas las características sociales de éste y una serie de condiciones particulares de pobreza y marginalidad construidas a través de la historia del mismo, propiciaron el ambiente ideal para su construcción y funcionalidad en el marco de la delincuencia caleña.

Además de ser considerados un grupo delincuencia, la pandilla de Los Chicos Malos cuenta con las características propuestas por Michel Maffesoli, que son:

Se configuran como una *comunidad emocional*, en virtud de que las vivencias y cotidianidades que viven en común los cohesionan al grupo. Poseen una *potencia subterránea*, es decir, dentro del grupo existe una fuerza que les otorga identidad, podría expresarse en una misma forma de definir el mundo, de apropiarse de él. Su movilidad está inscrita dentro de un espacio físico común del cual se apropian ideológicamente, esta característica la denominó *estética existencial*. Y, finalmente, forman una *socialidad dispersa*, la cual les permite vincular sus diferentes realidades a través de formas comunes de concepción del mundo y del mismo lenguaje que los identifica.

En las distintas circunstancias diarias que atraviesa este grupo, ya sea dentro de los límites del barrio San Pascual o fuera de él en los actos delincuenciales que llevan a cabo, se logran dilucidar las características antes mencionadas.

Sus formas de comunicación son el puente a través del cual son aprehensibles sus visiones, y a pesar de las constantes modificaciones a las que deben sujetarse, la pandilla logra evolucionar sus significantes sociales en nuevas palabras que identifican cada momento e incluso le otorgan cierta confidencialidad a sus operaciones, estos nuevos dialectos son conocidos como *Antilenguajes*, estudiados ya en pandillas de diferentes partes de Colombia.

INTRODUCCIÓN

En Colombia, fuertes oleadas migratorias del campo a la ciudad generaron pautas de transformación demográfica imprimiendo nuevos procesos de urbanización a las ciudades, grandes o intermedias, a través de todo el país. Las dinámicas que se entretajan dentro de la ciudad propician escenarios en donde tienen lugar los fenómenos que sellan nuestra vida en sociedad. Así, “las lógicas que determinan lo social están entroncadas en las lógicas de lo urbano”¹.

Las principales ciudades colombianas han sido el marco donde se ha expresado una compleja red de interacciones simbólicas y débilmente articuladas entre los actores que han migrado y los ciudadanos. La crisis del campo, entre otras variables, se ha visto reflejada en la ciudad. Si nos situamos en la capital vallecaucana, la crisis económica se sintió profundamente después del debilitamiento del cartel de Cali; la ciudad se ha expandido vertiginosamente y los cinturones de miseria la rodean de forma sistemática, configurando verdaderos escenarios de contraste.

Este fenómeno que se observa en las urbes modernas junto a sus propias dinámicas internas ha suscitado la preocupación de numerosos investigadores que han procurado ahondar en el estudio de la delincuencia con el propósito de conocer más acerca de la sustancia que ha acompañado sus orígenes, sus causas y las diferentes formas en las que ha llegado a manifestarse. Y así contribuir en la búsqueda de opciones y perspectivas que ayuden a construir nuevos enfoques para el estudio de dicho fenómeno.

Se observa que así como ha proliferado la violencia en nuestro país, la cantidad de trabajos al respecto ha mantenido su crecimiento. Se han realizado estudios tendientes a medir el impacto en cada una de las ciudades, dentro de éstas se ha dado una mirada a los fenómenos disparadores que, como el narcotráfico, luego derivaron en procesos de violencia en menor escala pero que siempre se han visto conectados. Esas otras violencias restantes, sujetas a resortes particulares, quedan inscritas en un marco más espontáneo y más inmediato a la cotidianidad.

¹ VANEGAS, Gildardo. Cali Tras el Rostro Oculto de las Violencias. Cisalva. Univalle, 1998. Pág. 35.

La mayoría de los trabajos sobre violencia ha tenido un enfoque político. Poco se ha indagado sobre el fenómeno de la violencia interpretando el ámbito de los referentes simbólicos y de sus imaginarios. Nuestro estudio dará una mirada a estas violencias restantes que han tendido a organizar una parte significativa de la población en grupos conocidos como *pandillas*. Definamos una pandilla como un grupo de personas, en su mayoría jóvenes, que se agrupan de manera organizada, reunidos por rasgos elementales y comunes, que construyen estructuras jerarquizadas a la manera de una familia, que los hacen sentir protegidos y fuertes. Su principal característica, por supuesto, es el ejercicio de la delincuencia proyectada en el tiempo hacia diferentes posibilidades dentro de la ilegalidad.

Los jóvenes de los barrios populares de Cali, y especialmente los jóvenes integrados a las bandas hablan un dialecto de profunda identidad social, signado por la violencia. Trataremos de hacer una reflexión desde el terreno de la cultura sobre los aspectos subjetivos del lenguaje, ya que este elemento junto con otros integra el mundo simbólico de estos grupos, hace parte de la naturaleza social de sus sentimientos, funciona como una fuerza atractiva que genera procesos de identificación. A través del lenguaje se expresa la pasión, se evidencia el mundo que comparten y de qué forma éste es conceptualizado y definido. Permite acceder al universo conceptual de los sujetos (estructuras de significación, como lo menciona Geertz).

En este proyecto daremos una mirada a un barrio específico de la ciudad de Cali, San Pascual, que ha funcionado como sede principal y centro de convivencia de una pandilla conocida como Chicos Malos. A través de la observación etnográfica de algunos momentos, lugares de encuentros de este grupo y por medio de las narrativas de vida y las conversaciones de los jóvenes que hacen presencia en esos espacios, llegaremos a conocer el contenido simbólico de su lenguaje y sus acciones.

Este trabajo parte de un enfoque descriptivo que busca develar el entramado de significación que atraviesa las acciones de cada sujeto dentro de estos grupos. Partiremos de la idea de que la sociedad induce a sus miembros a vivir de determinada manera (a través de mensajes exhortativos provenientes de la publicidad), a cumplir ciertas metas generales, entre ellas, aumentar sus ingresos y acceder a la posesión de más símbolos que les proporcionen *estatus*; sin embargo, no dota de los recursos necesarios a sus miembros para acceder a dichas metas, según dice Merton².

² MERTON, Robert. Teorías y Estructuras Sociales. Capítulo IV. México, Fondo de Cultura Económica, 1964. Págs. 140-168.

Así mismo, daremos cuenta de las modalidades de acción y las percepciones que este grupo tiene sobre la sociedad y sobre sí mismo, teniendo en cuenta la construcción de opciones ilícitas, el aprendizaje de su aprovechamiento que depende de factores presentes en el contexto social y la tensión entre esa elaboración y el acceso a las oportunidades lícitas que les brinda el sistema. El sujeto se inserta en un modelo social establecido en el cual se integra con sus pares y a través de un intercambio simbólico-instrumental internaliza las formas de pertenecer al medio social. Socializa con sus iguales en un encuentro de costumbres estéticas que cohesionan el grupo.

La estrategia de investigación tendrá como base una aproximación etnográfica, soportada por la entrevista abierta: se sostuvieron conversaciones con personas que están involucradas con la pandilla. Hablamos de Albeiro, Mario y Néstor; el primero, cuarenta años, expandillero y el de mayor edad del grupo entrevistado, Mario, de veinticinco años, es uno de los viejos integrantes de Chicos Malos y quien, a pesar del tiempo que lleva en el grupo, no ha logrado asumir posiciones de poder, y Néstor, de dieciocho años, es uno de los miembros más jóvenes de este colectivo y quien se constituye en uno de los referentes estratégicos de este trabajo pues desde hace muy poco tiempo hace parte del grupo; podremos indagar las causas por las cuales ingreso a él.

Contamos también con los relatos de Jaime, David y Álex, pandilleros “en ejercicio” que complementan el cuadro de experiencias diversas de este grupo con respecto a asuntos concretos.

De igual manera, nos aproximamos a Gonzalo, un vecino del sector y al Agente de Policía Gutiérrez, quienes aportaron sus opiniones en torno a la interrelación de los pandilleros con sus significantes.

Hemos de aclarar algunas dificultades metodológicas: partiendo del acuerdo de tomar distancia del objeto de estudio, la investigadora se reconoce como parte del entorno del mismo. De esta manera, y dado que es su lugar de residencia, encuentra cotidianidades en todas las dinámicas del barrio, el panorama se rutiniza ante sus ojos; recurre entonces a la colaboración de sociólogos amigos y de invitados ajenos al barrio, para establecer diferentes visiones del mismo, esto con el fin de atenuar un poco su compromiso con las actividades del sector.

En cuanto al número de pandilleros que aceptaron hablar con nosotros, la investigadora tenía ciertas facilidades para ingresar al territorio de los pandilleros por vivir en el sector pero, al mismo tiempo, el acceso a la pandilla es complicado aún para quienes vivan en ese territorio. En otras palabras, la vivienda en el barrio no es garantía para moverse libremente en él.

Sin embargo, consideramos que los pandilleros entrevistados nos dan una base sólida para que el margen de error de todo procedimiento técnico sea el menor posible. Esto por varias situaciones, por ejemplo, Néstor es una persona conocida desde el momento de su nacimiento, hemos sido testigos de su crecimiento y desarrollo como persona. En cuanto a Mario, su historia de vida y el tiempo que lleva con la pandilla lo avalan, en un primer momento, como un informante veraz.

Para llegar a esto se realizaron algunos recorridos exploratorios, con el propósito de ubicar y observar algunos sitios relevantes y la interacción en ellos. Una mirada un poco más profunda nos dio cuenta de los enclaves simbólicos que se entretajan entre actores y espacios. En la medida de lo posible se trató de abarcar, en los recorridos, lo más estratégico de aquellos escenarios. Al hacer los primeros acercamientos al territorio de la pandilla, se notaron las miradas de extrañeza de algunos miembros del grupo y del sector. Como si estuvieran observando a alguien a quien se puede asaltar de inmediato. Es decir, en palabras coloquiales, “no puede ser que alguien dé tanta papaya”.

En el momento de las entrevistas el trabajo tuvo dos direcciones que confluyeron en una meta. Por un lado, las pistas en los dispositivos del discurso, por el otro, los componentes sociológicos anudados a él. Es evidente que en el caso de los pandilleros su forma de expresarse es bastante particular. Algunos modismos con el tiempo se incorporaron como neologismos y posteriormente como palabras aceptadas en un idioma regular. Otras construcciones lingüísticas han sido, por decirlo de alguna manera, interiorizadas en los discursos cotidianos (a esto nos referiremos en el transcurso de la investigación).

En cualquier caso, se trató de respetar cada diálogo, cada frase, cada palabra de estos espacios de comunicación, aunque la labor de transcripción resultara bastante ardua.

Por otro lado, se hicieron varias lecturas teóricas acerca de los elementos clave de esta investigación, estudios previos relativos a las pandillas y al lenguaje, desde el discurso, como factor comunicativo y codificador de las relaciones sociales.

El trabajo recogido en la investigación se organizó en cuatro capítulos, conclusiones y anexos.

El primer capítulo plantea el problema central de este estudio, con base en la exploración de las obras que se han enfocado en esa perspectiva o acercado a ella, permitiéndonos configurar un modelo de análisis.

El segundo capítulo contiene el marco histórico, formación del barrio enlazada con una exploración analítica del comportamiento del fenómeno de la delincuencia en Cali durante los últimos veinte años, dando una manera concreta a las condiciones que hicieron posible la aparición del pandillaje en el sector.

En el tercer capítulo convergeremos de manera genérica en aquellas actividades que determinan las dinámicas de una pandilla, desde su caracterización hasta la movilización de rituales en territorios delimitados.

En el cuarto capítulo nos vamos a concentrar en los relatos de los pandilleros tratando de identificar “en el terrero” cómo adelantan sus actividades y qué percepción tienen del mundo que les rodea a partir de la indagación de sus actividades y relaciones más frecuentes, tratando de dar énfasis en sus formas de expresión: un recuento de los escenarios de interacción, trayectorias de actuación, imagen de sí mismos y de los otros que nos ayudarán a interpretar la formación de identidad, configuración de ritos y formas de expresión (lenguaje, puesta en escena del cuerpo y otros) de los miembros de la pandilla.

Finalmente, las conclusiones estarán de acuerdo con todo lo consignado durante la investigación y los hallazgos que de ella se produjeron. La coherencia temática nos condujo a una pretendida cristalización de las hipótesis iniciales esperando expandir el espectro de la investigación sociológica.

1. LA PANDILLA ENTRE GRUPO DELINCUENCIAL Y TRIBU URBANA

En este primer capítulo presentaremos las características principales del problema de investigación y examinaremos algunas de las interpretaciones que se han hecho de él en investigaciones y estudios anteriores; expondremos la teoría actual a través de la cual se ha interpretado dicha problemática para, finalmente, proponer nuestro propio modelo de análisis que está basado en la noción de “tribus urbanas”. Esto nos llevará a una mirada más concreta sobre el fenómeno de la violencia de estos grupos.

En cuanto a los estudios previos sobre el tema, intentaremos relacionar unidades de análisis y sus consecuentes marcos de referencia. Esto con el fin de profundizar acerca del viejo problema de la delincuencia, poniendo el acento en aspectos socioculturales que no han sido los más comunes, como el lenguaje que usan los miembros de la pandilla y sus semejanzas con las denominadas tribus urbanas. El propósito será alimentar dicho modelo de análisis con base en los elementos recogidos en el recuento bibliográfico y su correspondiente evaluación.

1.1. EL PROBLEMA

En esta investigación privilegiamos la resolución de dos cuestionamientos centrales: ¿cuáles son las modalidades de acción de los pandilleros y qué piensan ellos de sí mismos y del resto de la ciudad?, ¿cómo es el lenguaje que utilizan?

En toda sociedad hay delincuencia, pero no toda es de la modalidad que se considera “común”, hay “delitos de cuello blanco”, como la corrupción en altas esferas gubernamentales o empresariales, que abundan en ciertas sociedades, y muchas veces no se castigan con la misma verticalidad que se aplica a la delincuencia común. Sin embargo es esta última, la que realizan principalmente personas de estratos bajos en la forma de robos, atracos y asaltos, algunas veces acompañada de asesinatos y otras formas de agresión contra la integridad personal, aquella de la cual nos hemos ocupado aquí.

Se debe tener en cuenta que aquello que se establece como delito puede variar entre una sociedad y otra, aunque hay cosas como el asesinato y el robo que se consideran delito en prácticamente todas las sociedades modernas. Se han propuesto algunas causales que conducen a un sujeto a delinquir, desde diferentes ámbitos tales como la psicología; según ella, la personalidad, heredada o adquirida, es la que puede inducir a las personas al crimen. Pero numerosos estudios han concluido que los delincuentes son en su gran mayoría personas normales, sin grandes desviaciones de personalidad, salvo los autores de crímenes atroces o extraordinarios, como Campo Elías Delgado, el excombatiente de la guerra del Vietnam que realizó una famosa masacre en el restaurante Pozzetto en Bogotá e inspiró una novela y más recientemente una película³.

Otra explicación es económica, se basa en postulados como los de G. Becker según los cuales el delito es una decisión individual que el delincuente toma sobre la base de un cálculo de costos y beneficios. Según este enfoque la probabilidad de que alguien cometa un delito se asocia con la recompensa esperada (el monto del botín, por ejemplo), y el costo de cometerlo (la posibilidad de ser capturado, condenado y sancionado efectivamente). Pero, aún los partidarios de este enfoque aseguran que “no se trata de un enfoque excluyente sino complementario al análisis social, ya que las decisiones individuales toman como referencia el entorno económico, social y político...”⁴.

Y tenemos entonces que por una u otra vía se desemboca en la necesidad de contar con un enfoque sociológico. Diversas tradiciones teóricas de esta disciplina coinciden en que la delincuencia es un fenómeno social que requiere una explicación social y, con respecto a la delincuencia común, afirman que ésta es ante todo un producto de la propia sociedad en que se presenta. Interpretaciones de inspiración marxista han mostrado que la llamada delincuencia común es sobre todo una forma de supervivencia de los sectores sociales que resultan excluidos por la propia dinámica del desarrollo capitalista, una forma de vida de “las clases peligrosas”, y que si esas personas encontraran la forma de ganarse la vida en condiciones dignas dentro del sistema, no serían delincuentes. Coincidiendo en parte con lo dicho está también la interpretación funcionalista de R. Merton, que propone que la sociedad moderna crea necesidades sociales pero no así los medios para satisfacerlas. Una variación de estos enfoques es la denominada Teoría de la Privación Relativa, es decir, la idea de que la delincuencia surge a partir del sentimiento de privación que experimentan

³ MENDOZA, Mario. Satanás. Editorial Planeta. 2002. Pp. 150.

⁴ VÉLEZ, Luis E. y BANGUERO, H. “Victimización en Colombia: un Análisis Exploratorio del Caso de la Ciudad de Cali”, en: FAJNZYLBER, P. y otros (editores). Crimen y Violencia en América Latina. Bogotá, Banco Mundial. Editorial Alfaomega, 2001. Pag. 64.

quienes, teniendo muy pocos recursos, comparan su situación con la de quienes tienen más, de tal forma que la delincuencia resulta ser ante todo una forma de oposición entre estratos bajos y medios, más que entre bajos y altos⁵.

Por haber resultado útil para emprender la búsqueda empírica que hemos realizado, usamos como uno de los principios teóricos para esta primera parte, de manera modificada y flexible, la interpretación de R. Merton⁶. La sociedad induce a sus miembros a vivir de determinada manera (los presiona a través de mensajes exhortativos provenientes de la publicidad y los medios de comunicación), a cumplir ciertas metas generales entre ellas aumentar sus ingresos y acceder a la posesión de más símbolos que les proporcionen status; sin embargo no dota de los recursos necesarios a sus miembros para acceder a dichas metas.

En segunda instancia, para introducirnos en el primer interrogante que hace parte de nuestra investigación: ¿cuáles son sus modalidades de acción y qué piensan ellos de sí mismos y del resto de la sociedad?, se debe tomar en cuenta que la conducta delictiva no depende sólo de la escasez de oportunidades lícitas, sino también de la oferta de oportunidades ilegítimas, es decir de la estructura relativa de oportunidades. La disponibilidad de opciones ilícitas y el aprendizaje de su aprovechamiento dependen de factores presentes en el contexto social (facilidad de acceder a las víctimas, conocimiento del territorio en el cual se desenvuelven, disponibilidad de medios, diferencias de control para hombres y mujeres, etc.), pero también de características de los potenciales delincuentes, tales como su capacidad de arriesgar la vida, la forma de manejar conflictos, su aprecio por el uso de la fuerza, su sagacidad, el afán de experiencias fuertes, entre otras cosas.

Conviene distinguir entre jóvenes y adultos o, más bien, veteranos, porque la diferencia no es estrictamente de edad sino de “maduración” y la vida en estos ámbitos suele ser corta. De tal forma, que los más jóvenes o novatos aprenderán las técnicas, a reconocer las oportunidades y adoptarán las formas de comportamiento de quienes ya poseen un recorrido comparativamente mayor que el de ellos.

Si tomamos como base un testimonio de Rangel, el delincuente que concedió una entrevista a J. Navia⁷, los principiantes comienzan con raponazos esporádicos que luego se convierten en atracos a mano armada y

⁵ Una revisión de estos y otros enfoques se encuentra en: J. Macionis y K. Plumier. Sociología. Capítulo 8. “Desviación, Delito y Control”. Madrid. Ed. Prentice Hall, 1999. Págs. 205-234.

⁶ MERTON, Robert. Op. Cit.

⁷ NAVIA, José. El Lado Oscuro de las Ciudades. Bogotá. Editorial Intermedio. 1999. Pp. 278. Y Confesiones de un Delincuente. Bogotá. Editorial Intermedio. 2000. Pp. 145.

tienden a rutinizarse como actividades para el fin de semana, al mismo tiempo que asisten a la escuela o realizan pequeñas labores lícitas. Los veteranos, en cambio, actúan como profesionales: viven mimetizados en barrios de clase media y pasan por vecinos normales, pero cuando salen a trabajar lo que hacen es entrar a un banco o una joyería armados con metralletas para robar, junto con otros miembros de bandas especializadas.

Así mismo, dentro de sus modos de acción el delincuente común aprende a manejar los diferentes territorios por los cuales debe moverse, asignando determinadas zonas para sus reuniones en las cuales programan los trabajos por hacer, otras zonas en las cuales llevan a cabo estos trabajos y otras que son las destinadas a servirles de guarida o refugio en caso de que algo salga mal. Aparece lo que en la obra de Taylor, Walton y Young⁸ se denomina “continuidad del espacio psíquico y socioeconómico”; este espacio, dicen ellos, se refleja o es el resultado de nuevas formas de pensar y/o interpretar el espacio territorial en el que nos movemos, redefiniendo el comportamiento y las actividades para cada uno de los espacios que el delincuente ha creado.

Se reúnen en grupo a hablar en una determinada esquina del barrio para intercambiar información acerca de cada uno de ellos o sobre trabajos realizados. Claro que pasar mucho tiempo en el espacio público supone una vigilancia mucho más permanente en éste, precisamente porque moverse en él equivale a ser sospechoso, con lo que da a la policía, y a otros, una pista acerca de la identidad del grupo. Pero esto no parece preocuparles mucho, ya que ejercen cierto control en los habitantes del barrio debido a cierto acuerdo tácito que determina un tipo de inmunidad a cambio de la neutralización de las denuncias.

Además, la policía es temida, pero no por su eficacia y rectitud sino porque muchos de ellos son “ladrones con uniforme”, corruptos que dejan pasar la delincuencia a cambio de su parte en la distribución del botín. En el mejor de los casos son vistos como timoratos y acomodados, a quienes solo les interesa recibir su salario mensual, sin compromiso con su trabajo.

A la “alta” sociedad, los ricos, en realidad las clases medias, que son las principales víctimas de la mayor parte de estos delincuentes, son vistas en el fondo como gente igual a ellos, sólo que con mayor suerte. Los perciben como oportunistas, aprovechados, corruptos, drogadictos, virtuales delincuentes.

⁸ TAYLOR, Ian, WALTON, Paul y YOUNG, Jock. La Nueva Criminología. Contribución a una Teoría Social de la Conducta Desviada. Amorortu Editores, Buenos Aires.1973. Pág. 285.

La mujer, por el solo hecho de serlo, tiene una consideración especial entre los delincuentes, miembros como son de una cultura machista y patriarcal. La “cucha” es lo máximo, la novia una especie de compañera intocable, la hija un tesoro de lo máspreciado, la víctima femenina alguien con quien se pueden tener miramientos que no se permiten con los varones.

De sí mismos, en cambio, tienen una visión positiva. Muchos de ellos no se consideran delincuentes, si acaso contraventores de algunas hipócritas normas sociales. Varios creen ser una suerte de justicieros sociales, vengadores del mal que la sociedad le hace a los suyos. No vacilan en señalar que “es la ocasión la que hace al ladrón”, si la gente “no diera papaya” los delincuentes no tendrían cómo actuar.

Pero las modalidades de acción y las percepciones de los delincuentes no pueden sintetizarse en los rasgos de un solo perfil, por muy característico que sea. Ellas son muy variadas, se necesita contar al menos con varios perfiles o, mejor aún, con una tipología de casos paradigmáticos que nos permitan establecer con claridad las modalidades de acción que pertenecen a los delincuentes.

Intentar una tipología de modalidades y percepciones a partir de la clasificación de delitos contenida en los códigos (penal o de policía), no es la mejor opción, sobre todo porque esas clasificaciones obedecen a criterios jurídicos y técnicos particulares, mientras que la que conviene usar en nuestro caso es sociológica y más universal. Personas que incurren en ciertos delitos que son considerados como tales en muchas partes del mundo han sido estudiadas varias veces, en distintos países, de tal manera que en casos como el de los atracadores armados debemos contar con que muy probablemente provienen de ambientes familiares más desorganizados que el promedio, habitan sectores urbanos en los que la criminalidad y la corrupción son notorias, tienen una actitud hedonista frente a la vida y se comportan muy espontánea y autónomamente⁹.

El libro *La Carrera Delincuencial en Bogotá*, realizado con base en más de cincuenta entrevistas, se concentró en la denominada “delincuencia no organizada” y concluyó, entre otras cosas, que:

⁹ Este perfil se puede observar en el libro de VVAA, *La Carrera Delincuencial en Bogotá*, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional (IEPRI-UN), 2001. Pp. 123. Aquí parece haberse confirmado un perfil de este tipo, que también fue encontrado para el caso de Estados Unidos en un estudio clásico de J. Roebuck y sus colaboradores, citado en: el libro de GIBBONS. Don C. *Delincuentes Juveniles y Criminales*. México, Fondo de Cultura Económica, 1969. Pág. 47.

- La delincuencia común comienza con leves y esporádicas actividades delictivas que los jóvenes, principalmente de estratos 1 y 2, realizan cuando tienen entre 10 y 15 años.
- Estos muchachos normalmente proceden de familias numerosas, han sido víctimas de la violencia, crecieron en condiciones de pobreza, tienen padres separados y, en su gran mayoría, nacieron en la propia ciudad de Bogotá.
- Aprendieron el oficio en el barrio, por invitación de algún amigo o un adulto veterano en la actividad, han estado varias veces en la cárcel y contemplan a veces la posibilidad de dejar de delinquir o viajar a otro país para iniciar una nueva vida.
- El robo y el atraco intermitentes, realizados con uno o dos socios, son los primeros delitos graves que cometen quienes luego, con el paso del tiempo, desembocan en formas de criminalidad sistemáticamente organizada.
- Trabajos con poca calificación y baja remuneración tales como mensajería, mecánica, ebanistería, ventas ambulantes, montallantas o cargue y descargue de mercancía, les sirven a muchos de ellos para establecer contactos y tender puentes entre actividades lícitas e ilícitas.
- Consideran las armas como herramientas de trabajo y símbolo de poder, único seguro contra la permanente amenaza de muerte que acompaña su actividad.
- La cárcel es para ellos un espacio que degrada la dignidad humana y facilita el aprendizaje necesario para perfeccionar el oficio o adquirir vicios.
- Han sufrido una triple exclusión a lo largo de sus vidas: de la familia, de la escuela, del trabajo, son gente de la calle.
- Usan en la vida cotidiana un lenguaje propio, estar en el ruedo es ser delincuente activo, hacer vueltas es realizar los trabajos propios de esa actividad, se lo pasan haciendo vueltas en el ruedo.

Las principales conclusiones del trabajo citado coinciden con lo que se puede deducir a partir de testimonios periodísticos recogidos en Bogotá sobre las condiciones sociales en que se genera delincuencia común, las modalidades típicas del oficio, las trayectorias habituales de los que llegan más lejos, la visión que tienen de las armas o la cárcel, sus opiniones sobre otros tipos de delincuentes o la gente común y corriente, sus justificaciones y aspiraciones.

Conviene usar tipologías flexibles, ni muy rígidas ni muy acomodaticias, pero hay que tener en cuenta las que existen. Una tipología bastante particular de la situación norteamericana de mediados del siglo veinte y establecida con propósitos terapéuticos, es la que presenta D.C. Gibbons a partir de la distinción entre delincuentes juveniles y delincuentes adultos. Según él hay nueve tipos de delincuente joven: el pandillero ladrón, el pandillero penderciario, el pandillero casual, el delincuente casual no pandillero, el ladrón de automóviles (paseador escandaloso), el drogadicto (heroínómano), el agresivo de peligrosidad extrema (matón), la joven delincuente y el delincuente psicópata. Según él mismo, hay quince tipos de criminales adultos: el ladrón profesional, el criminal profesional (virtuoso del delito), el semiprofesional que atenta contra la propiedad ajena, otros transgresores por única vez, el ladrón de automóviles (paseador escandaloso), el ingenuo falsificador de cheques, el criminal que pasa por profesional honrado, el antiético que se presta a colaborar en actos vedados a su profesión, el malversador de fondos, el lesionador de personas físicas por única vez, el psicópata agresor, el agresor sexual violento, el agresor sexual no violento perverso, el agresor sexual no violento culpable de estupro y el drogadicto (heroínómano)¹⁰.

Ahora bien, para el estudio y resolución de nuestro segundo interrogante: ¿cómo es el lenguaje que utilizan?, como señalamos anteriormente, en la cuestión del proceso de aprendizaje, se generan grupos personales íntimos de los cuales se extrae el conocimiento necesario para las acciones delictivas.

La conformación de estos grupos no sólo aporta toda una serie de técnicas para delinquir, sino que a la vez proporciona los motivos. En Cressey¹¹, las construcciones lingüísticas son claves que una persona aplica a su propia conducta en un conjunto de circunstancias que la llenan de sentido convirtiéndola en un motivo.

Como hipótesis para la resolución del presente interrogante, diremos que para el delincuente el carácter clandestino e ilegal de su actividad, lo obliga a utilizar un lenguaje críptico y muy codificado, capaz de garantizar la comunicación entre ellos sin poner en riesgo la seguridad o el éxito de sus trabajos.

La primera función de ese lenguaje es restrictiva: impide la intromisión de extraños. Por eso mismo, cuando una parte del lenguaje del hampa se hace muy conocida comienza a cambiar y como conjunto se mantiene cambiando

¹⁰ *Ibíd.* Págs. 109 y 135-136.

¹¹ CRESSEY, D.R. "Role Theory, Differential Association and Compulsive Crimes", en: A. Rose (ed.) *Human Behaviour and Social Processes*, Londres: Routledge & Kegan Paul. Pág. 164.

constantemente. Una segunda función de este lenguaje es la de cohesionar la comunidad virtual de quienes pertenecen al oficio y sus allegados; aquí el lenguaje funciona como jerga o argot y añade a su papel críptico el lúdico, pues sirve para jugar y recrear permanentemente la comunicación entre sus usuarios.

Se ha establecido que el lenguaje del hampa, también llamado lenguaje del crimen o de los bajos fondos, puede ser en algunas oportunidades un motor de renovación del lenguaje de toda una sociedad. Se suele citar como ejemplo el lunfardo que surgió en los bajos fondos del Río de la Plata, se propagó a través de canciones, comedias y otros medios, hasta ensamblarse en el habla y la escritura de las clases superiores de la capital argentina¹².

Recientemente se ha sugerido que algo denominado el Parlache puede estar siguiendo en Colombia un proceso parecido al que tuvo el lunfardo en la sociedad argentina. El Parlache sería un dialecto social de uso común entre los sectores más populares de las ciudades colombianas, surgido presumiblemente en Medellín, que desde hace varios años se ha venido propagando a capas medias y altas de la población nacional, gracias a la difusión de libros, series televisadas, películas y otros productos culturales que retratan la vida en las comunas de Medellín, los sicarios y el ambiente que los rodea. Sea cierto o no que nació en Medellín o es ya un dialecto social o se parece al lunfardo, es evidente que buena parte de ese lenguaje está constituido por palabras, giros y estructuras lingüísticas nacidas en el entorno delincriminal de las grandes ciudades colombianas durante los últimos veinte años, tal como puede comprobarse revisando el glosario que aparece al final de la obra de Henao y Castañeda¹³.

El lenguaje que usan los delincuentes caleños tiene probablemente mucho que ver con el parlache: expresa una especie de construcción cultural surgida en la marginalidad de la pobreza, la violencia y el crimen, es un mal decir que se usa para maldecir la vida que les ha tocado vivir a sus creadores y usuarios más insignes.

¹² Una exploración de ese fenómeno se encuentra en BORGES, Jorge Luis. El idioma de los Argentinos. Buenos Aires. Editorial Seix Barral, 1997. Pp. 164.

¹³ Es una, entre otras, de las ideas presentadas en: HENAO, José Ignacio y CASTAÑEDA, Luz Stella. El Parlache. Medellín. Editorial Universidad de Antioquia, 2001. Pp. 187.

1.2. ESTUDIOS PREVIOS

Para esta exposición nos remitiremos a aquellas obras que por su pertinencia nos han servido de base para la construcción de nuestro modelo de análisis. Referenciaremos las más significativas, tratando de articularlas aleatoriamente para ser lo más claros posible. Es de anotar que el orden en que vamos a presentarlas no tiene nada que ver con su correspondiente importancia. También intentaremos relacionarlas conjugando ciertos ejes temáticos pertinentes al camino de la investigación, tales como grupos sociales y lenguaje, teorías de la comunicación, crimen y sociedad, identidad y territorio, entre otros.

En ese orden de ideas, tenemos el trabajo de Diego Delgado *Los Nómadas Urbanos, de niños de la calle y jóvenes en bandas y pandillas en Santiago de Cali*¹⁴ en el cual aborda la cotidianidad de algunos grupos de niños de la calle y de pandilleros de ciertas comunas de Cali. Desde el punto de vista de la resocialización posibilitada por algunas instituciones de carácter estatal y de otras que no pertenecen a esa rama, el autor reconstruye las expectativas de vida de estas personas, su visión de ciudad y su mirada interna de grupo con un componente fundamental: el lenguaje.

Gildardo Vanegas, con su libro *Cali tras el rostro oculto de las violencias*¹⁵, hace un análisis comparativo de dos sectores marginales de la ciudad de Cali que también configuran el territorio de muchas pandillas juveniles. Vanegas se apoya en algunos referentes históricos recientes que sirvieron de cultivo a los comportamientos de estos grupos y cómo estos referentes influyeron de manera determinante en la conducta de los habitantes de estos sectores y, por su puesto, de los pandilleros, sin desconocer dos elementos cruciales: el entorno geográfico y sus modos de comunicación. Este último aspecto es de vital importancia, ya que el autor ofrece un análisis de la jerga de los pandilleros propuesta como una forma de construir su ciudad, su territorio, su vida y todas las razones que los llevan a actuar de determinada manera.

¹⁴ DELGADO, Diego. *Los Nómadas Urbanos, de Niños de la Calle y Jóvenes en Bandas y Pandillas en Santiago de Cali*. Tesis de grado, Universidad del Valle, 2002.

¹⁵ VANEGAS, Gildardo. *Cali Tras el Rostro Oculto de las Violencias*. Cisalva. Universidad del Valle, 1998.

De manera complementaria, la obra *El Parlache*¹⁶ de José Ignacio Henao y Luz Stella Naranjo se concentra en la estructura gramatical de este tipo de comunicación entre los jóvenes de las barriadas de Medellín. A partir de allí proyectan una serie de análisis en tanto su impacto en diferentes sectores de la población segmentados en algunas variables.

Estos tres estudios conjugan de manera estratégica los dos elementos que son materia de análisis del presente texto: grupos marginados y lenguaje. De esta manera son el punto de partida de una base conceptual que no puede dejar de lado los dos aspectos mencionados. En pocas palabras, lo que se establece entre las comunidades relegadas es la construcción de códigos de comunicación que les permiten sobrevivir y de una u otra forma refugiarse en ellos.

De otra parte, el texto *No nacimos pa'semilla*¹⁷, de Alonso Salazar recrea las condiciones en medio de las cuales se potencializaron las pandillas de las comunas nororientales de Medellín a partir del momento en que el M-19 entrega sus armas; heredaron del grupo insurgente cierto nivel de ideología política y asimilaron de manera concreta la estrategia militar que fue adaptada a sus propias necesidades. Una ideología básica se sustenta ahora de toda una armazón política, cuyo discurso permea en las carencias sociales sentidas por estos jóvenes: la pobreza y la marginalidad van de la mano con nuevas reivindicaciones y modificaciones de la manera de concebir el mundo.

En el escenario de las dinámicas cotidianas de las pandillas, Rossana Reguillo ofrece un interesante estudio llamado *En la calle otra vez*¹⁸, en el cual expone de manera pertinente el rol que juegan el territorio del grupo, sus formas de reconocimiento a través de la comunicación y el lenguaje en medio de la influencia dramática de los medios de comunicación social, cuyo sesgo permea directamente sobre las vidas de estas personas quienes, sin embargo, orientan un uso determinado de este impacto de acuerdo a sus intereses. Esto nos lleva a considerar la relevancia de la interacción de la pandilla con su zona de operaciones y reunión: podemos decir que también ésta es un actor estratégico en la configuración del mundo de un joven pandillero. Invariablemente es un sector de refugio y seguridad y se comporta de acuerdo a las condiciones e intereses dictados por el sujeto.

¹⁶ HENAO, José Ignacio y CASTAÑEDA, Luz Stella. *El Parlache*. Medellín. Editorial Universidad de Antioquia, 2001.

¹⁷ SALAZAR, Alonso. *No Nacimos Pa'semilla*. La Cultura de las Bandas Juveniles en Medellín. Editorial Planeta. Bogotá, 2002.

¹⁸ REGUILLO, Rosana. *En la Calle Otra Vez*. Las Bandas: Identidad Urbana y Usos de la Comunicación. Iteso Editores. Guadalajara, México. Segunda edición, 1995.

*La Carrera Delincuencial en Bogotá*¹⁹, estudio realizado entre el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia y la Secretaría de Gobierno de Bogotá, plantea el interrogante acerca de la existencia de una carrera delictiva en la capital de la República. Se caracterizan las distinciones entre pequeña delincuencia y delincuencia mayor en Bogotá, en cuyo tránsito se identifican escalas o niveles de ascenso. En ese orden de ideas un pandillero puede llegar a ser un narcotraficante, pero hay que rastrear las huellas de cada nivel para ver en qué momento se encadenan o, por el contrario, se aíslan. Así como la orientación temática aborda todos esos posibles niveles, nuestro interés se dirige específicamente a la revisión de las relaciones de los sujetos con espacios, instituciones y personas que están involucrados con sus procesos de socialización.

1.3. MARCO CONCEPTUAL

Hemos tratado de establecer un marco analítico desde el cual se ha venido abordando el fenómeno del pandillaje en un sector social subordinado. Lo que pretendemos es ubicarnos un poco más allá puesto que no nos bastaría con manejar algunos elementos conceptuales si no tenemos en cuenta la trascendencia de muchos más aspectos que redefinen la perspectiva de una pandilla dentro del panorama “posmoderno”, en términos de identificar cómo se tejen las relaciones sociales dentro de un grupo social determinado hoy por hoy. Nos estamos refiriendo, entre otros, al lenguaje, el cual, integrado con otros nos dirigirá hacia un terreno que no se ha trabajado mucho: la pandilla desde una mirada sociocultural.

En ese sentido, proponemos que la interacción de todos esos elementos va a configurar una nueva dimensión analítica, estudiada por Michel Maffesoli: las tribus urbanas, dentro de la cual se inscribe adecuadamente el andamiaje de una pandilla. Concretamente, la cuestión del afecto y la emotividad influyen en el momento del ingreso de un sujeto a un grupo; en el sentido estricto de una pandilla no hay una valoración rígida de los valores intercambiables para pertenecer a ella y que ella acoja, simplemente la identificación se basa en deseos, emociones y afectos. De esta manera, Maffesoli se refiere a lo que configura a una *comunidad emocional*.

En la misma línea encontramos que la “fuerza intrínseca” de estos grupos les otorga una especie de blindaje contra la rutina, los protege, paradójicamente, contra la fatalidad y les suministra dispositivos de entendimiento compartido que pueden tener varios significados para comunidades externas al igual que

¹⁹ VVAA, *La Carrera Delincuencial en Bogotá*, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional (IEPRI-UN), 2001.

para ellos mismos; sin embargo, son ellos quienes les dan el sentido apropiado a sus necesidades. Esta dinámica de seguridad y fuerza la denomina Maffesoli como *potencia subterránea*.

Estas prácticas se transforman en discursos alternativos que se movilizan al interior de esos grupos, principio fundamental de su cohesión. Podemos asociarlos con los antilenguajes que estudió Halliday. Es inevitable que hay un discurso hegemónico, compartido y vital para la socialidad de los sujetos, pero frente a él dirime fuerzas aquel que se va construyendo no como barrera sino como elección voluntaria. Esta situación es conocida como *socialidad dispersa*.

Eso, en términos de construcciones lingüísticas verbales y no verbales, pero ya en el ámbito físico la dimensión espacial de la ciudad proporciona motivos para plegarse hacia lo local, lo íntimo, hacia todo aquello que el grupo facilita en sus dinámicas nucleares. Lo visible, lo táctil, lo determinante de una ciudad se condensa y se extrae para dirigirse a pequeñas creaciones que son el escenario de la interacción espontánea y confiable en el interior del colectivo. Maffesoli propone llamar a esto una *estética existencial*²⁰.

El autor sugiere que estas son las características básicas de una tribu urbana. Así, a una pandilla se la puede identificar con ellas pues, guardando las debidas proporciones, sus dinámicas presentan elementos de cada una.

Para ser más específicos usaremos la definición de Fabio Tropea, José Manuel Pérez y Pere-Oriol Costa intentando un bosquejo teórico que nos permita reconocer características propias de la pandilla como una tribu urbana:

*«Tribu» es, sobre todo, aquella colectividad que ocupa una subdivisión de una unidad mayor que, por tanto, se sabe sujeto de una porción de espacio vital. Las tribus urbanas deifican ese espacio vital en el espacio urbano, en el escenario de la ciudad. Cifran su afirmación en la conquista de ciertos territorios, en su señalización y en su defensa*²¹.

²⁰ Estas son las propuestas básicas que Maffesoli desarrolla a lo largo de su obra *El Tiempo de las Tribus*. Icaria Editorial S.A. Barcelona, 1990.

²¹ TROPEA, Fabio, PEREZ TORNERO, José Manuel y COSTA, Pere-Oriol. *Tribus urbanas. El Ansia de Identidad Juvenil: Entre el Culto a la Imagen y la Autoafirmación a través de la Violencia*. Editorial Paidós. Sexta edición. España, 1996. Pág. 97.

Podemos analizar las tribus a través de tres dimensiones: la pertenencia, la representación y la actuación. La primera tiene que ver, evidentemente, con el reconocimiento mutuo del lugar en el cual están insertos los pandilleros. Si ellos pertenecen a un territorio, éste les pertenece también. La segunda está relacionada con la forma en que el sujeto interpreta a los demás y a sí mismo. La tercera está ligada al campo de la representación, porque la manera como se comportan es el resultado de cómo se definen²².

La representación que tiene de sí mismo un pandillero, en el marco de su discurso, es de ser un guerrero. Tiene los aditamentos primarios para que se pueda considerar como tal. Además, está la propia lucha por la subsistencia diaria. Con respecto a los demás, existe una variabilidad de representaciones por cuanto la exterioridad de los rasgos define opiniones diversas en cada sujeto. No hay que perder de vista, sin embargo, que la visión de un pandillero cabe dentro de esquemas muy definidos por el rol social que ejecuta dentro de un sistema de polaridades muy concretas.

Por lo mismo, se puede afirmar que las dimensiones aquí expuestas son causales y que cada eslabón conduce estratégicamente a las actitudes que rigen el comportamiento de los sujetos. Precisamente es allí donde el reconocimiento permeado por el arraigo social del grupo marca las pautas de un comportamiento social por el cual el sujeto y su grupo serán identificados.

Vemos, entonces, que la pandilla juvenil encaja en las características que definen teórica y empíricamente –en tanto conducta– a una tribu urbana. Por supuesto, no es la única, pero su representación, notable a través del discurso, la hace susceptible de un examen más detallado.

Desde luego nuestro modelo de estudio se complementará con un abordaje analítico del lenguaje con base en dos textos fundamentales: *¿Qué Significa Hablar?*²³ de Pierre Bourdieu, y *El Lenguaje como Semiótica Social*²⁴, escrito por M.A.K. Halliday.

En el primero de ellos, Bourdieu reconoce la interacción de los actos de habla en el marco de un mercado lingüístico, en el que predomina la lengua oficial, que limita los significados y las intenciones del hablante en la coyuntura de los intereses dominantes. Si bien el lenguaje, de una manera genérica es incluyente, quienes hacen uso de él para sus propios intereses generan elementos de exclusión a partir de las instancias comunicativas que

²² *Ibíd.* Págs. 128,129.

²³ BOURDIEU, Pierre. *¿Qué Significa Hablar?* Economía de los Intercambios Lingüísticos. Akal Universitaria. Serie Educación. Madrid, España. 1985.

²⁴ HALLIDAY, M. A. K. *El Lenguaje como Semiótica Social. La interpretación Social del Lenguaje y del Significado.* Fondo de Cultura Económica. Sección Obras de Sociología. Colombia, 1994.

los caracterizan. Así, hay un lenguaje formal compartido por todos pero dentro del cual se han filtrado palabras emanadas de aquellos grupos particulares. Palabras que han sido toleradas y que se han sumado a las formas de comunicación cotidianas. Por el contrario, no todos estos términos pernean el habla diaria pasando a ser uso privativo de comunidades determinadas; quienes no se apropien de ellos, en un sentido inversamente proporcional son excluidos de la comunidad.

Por su parte, Halliday sugiere que los contenidos culturales brindados por el lenguaje se van renovando a través de las nuevas perspectivas y necesidades sociales y que éstas condicionan, a su vez, modificaciones al lenguaje. Para reconocer los mecanismos internos que articulan los procesos de integración e intercambio, desde el lenguaje, debemos reconocer en ellos todo un imaginario de ciudad, es decir, toda construcción informal del lenguaje tiene que ver con una revaloración de las dinámicas sociales, otorgándoles un sentido desde el contexto social ocupado.

Dicho sea de paso, el lenguaje se ve afectado en cualquiera de los dos autores –positiva o negativamente– lo que sugiere una reacción de los actos discursivos y de los comportamientos de los hablantes. En el marco específico de las relaciones intragrupalas se generan singularidades (variantes) lingüísticas fruto de una insatisfacción hallada en la lengua oficial. Esta es la perspectiva que adoptaremos de lo recogido en Bourdieu y Halliday.

La ciudad, así dimensionada, está representada desde varias formas de comunicación discursivas. Una de las más significativas es la de los pandilleros, cuyos matices de ciudad son posibilitados desde la intracomunicación con sus pares, en una especie de perspectiva inicial a partir de la cual acceden a aquellos espacios que no les han cerrado definitivamente las puertas.

2. ESCENARIOS: EL BARRIO, LA CIUDAD Y EL MUNDO DE LA DELINCUENCIA

En el presente capítulo nos proponemos acercar el barrio al lector, permitiéndole visualizarlo a través de un recorrido descriptivo: sus límites, sus contenidos, sus habitantes, etc. Posteriormente, haremos una rápida revisión histórica para ubicarnos retrospectivamente en el contexto de una ciudad en crecimiento que con el correr de los años se fue diversificando y convirtiéndose en escenario de la expresión de varios fenómenos. Observaremos cómo en el proceso de crecimiento demográfico se enmarca la generación de las pandillas en el barrio de nuestro interés. Nos vamos a apoyar en datos estadísticos, con su correspondiente análisis, sobre el comportamiento de la delincuencia en Cali durante los últimos veinte años.

La pertinencia de esta construcción es que nos introducirá a uno de los elementos cruciales de las relaciones sociales: el discurso como lenguaje, cuyos detalles serán examinados a lo largo de la investigación.

Concretamente: los grupos sociales construyen sus propias maneras de comunicarse que pueden ser límites o pueden ser aperturas. En el primer caso, cuando estas maneras actúan como códigos cerrados que los circunscriben y atañen sólo a ellos. En el segundo, cuando son aprehendidas en diversos grados por otras esferas de la sociedad.

2.1. EL BARRIO

El barrio San Pascual se compone de 18 manzanas que se enmarcan dentro de la carrera 12 hasta la carrera 15 y de la calle 12 hasta la calle 15, en pleno centro de Cali. Consta aproximadamente de 3294 habitantes según el censo de 1993²⁵. Limita al norte con el barrio El Calvario; al sur con el barrio Guayaquil; al oriente con el barrio Sucre y al occidente con San Juan Bosco. La estación de Policía Fray Damián tiene sus instalaciones en el centro de este barrio y junto a esta se ubica la iglesia de San Pascual Bailón (Ver anexo No. 1).

²⁵ Los datos del censo del año 2005 aún no están disponibles.

El barrio, en realidad, parece estar dividido en dos partes, una de ellas (extremo sur) se caracteriza por las actividades comerciales que corresponden al barrio contiguo (fábrica de muebles, talleres de reparación de motos) y una amplia área de viviendas familiares; la zona norte se encuentra mayormente afectada por el barrio El Calvario, de tal forma que su actividad económica diurna se centra en el reciclaje de basuras; así mismo, hay una gran cantidad de tiendas, venta de chance e inquilinatos.

La mayoría de las casas son de un solo piso, largas y angostas, sus fachadas son bastante sencillas y uniformes. En su interior predomina la oscuridad y el hacinamiento. Las calles, estrechas, permanecen abarrotadas en gran parte por recicladores y los policías de la estación. Hay muchas panaderías y gran actividad de empleos informales entre los que se puede contar el expendio de droga. Debido a la actividad de reciclaje las calles se ven constantemente sucias y la imagen de descuido aflora en gran parte del barrio.

Se nota una interacción marcada entre todos los grupos de edades: los niños con los adultos mayores o con los jóvenes en una conjunción de vivencias y experiencias. Esta misma correlación se expresa dentro de las viviendas, las cuales fungen como inquilinatos, y dentro de ellas se puede encontrar una familia por pieza y cada familia con ocupaciones y visiones distintas. En esa medida, en una pieza puede habitar un clan familiar dedicado a trabajos formales que tiene como vecina a una familia dedicada a expender droga.

A pesar de conformar una unidad, San Pascual está marcadamente dividido en dos cuadrantes: el que delinea las calles 13 y 15 y las carreras 12A y 15, y la traza de las calles 13 y 15 con carreras 12A y 10. La estación de policía, por medidas de seguridad cerca sus inmediaciones con separadores, de los cuales hay uno significativo: el que se ubica en la calle 13A con 12A, el cual también tiene una connotación simbólica que confirma la separación sectorial del barrio, en tanto notifica una diferenciación clara en la fisonomía y la infraestructura física del barrio. En el primer cuadrante se dinamiza su parte institucional, se observa más vida familiar y de parroquia, las casas tienen mejor aspecto. En el segundo cuadrante, se refleja un ambiente desordenado y ruidoso, casi frenético de sus habitantes, los cuales salen a las calles y permanecen en ella en un constante rebusque, comerciando mercancía de segunda o incluso droga, realizando trueques, dejándose llevar por el afán de vivir el día a día; la fachada de las casas es sucia y las calles también, predominan actividades delictivas como robo, asesinato y pandillaje. Esto conlleva a la construcción de una especie de mentalidad de frontera entre sus vecinos: quienes viven en el primer cuadrante no traspasan el límite demarcado por el separador de la policía, en cambio, muchos de quienes viven en el segundo sí lo hacen.

Esto se debe, primordialmente, a un factor institucional: mientras en la primera zona hay libre acceso a las entidades que configuran el área de interacciones del barrio, en la segunda las reglas se van construyendo al margen de lo legal, es decir, “todo está permitido”; ya hemos visto que es la zona de distribución y comercialización de droga y lugar de reunión de diferentes grupos de delincuencia entre ellos la pandilla.

Por lo tanto, el separador antes mencionado funge, más que como un límite institucional, como un signo de advertencia, a la manera de decir que las garantías de seguridad del barrio sólo llegan hasta allí. Incluso los mismos policías llaman la atención acerca de no traspasar esa línea divisoria, en términos de no hacerse responsables por la seguridad de quien lo haga. En resumen, dos barrios convergen en uno.

Para hablar de los espacios de socialización es necesario aclarar que la vida del barrio es diferente en los dos sectores ya entrevistados, y además de esto cabe la diferenciación de días entre semana y aquellos de fin de semana. Por otro lado, existe un hecho fundamental: en el sector norte la mayoría de los habitantes son jóvenes, lo contrario del sector sur en donde predomina la gente de mayor edad.

Los escenarios de frecuente socialización son: la llamada “Tienda de Pepe”, donde se reúnen a beber cerveza los trabajadores de las mueblerías, sobre todo los días sábados; la esquina ubicada en la calle 13A con 12A que es centro de reuniones de la pandilla, sobre esta misma calle, los días domingos el mismo grupo se reúne para jugar fútbol con otros jóvenes del barrio; igualmente, las puertas de las casas congregan pequeños corrillos de amigos quienes al sonar de sus canciones preferidas beben licor hasta el amanecer. En algunas esquinas del sector norte, al caer la tarde, se pueden observar conjuntos de recicladores que adelantan una especie de inventario de la jornada. En contraste con viernes y sábados, el día domingo es muy tranquilo, las familias suelen ir de paseo o permanecen durmiendo en sus casas, los recicladores se anclan en otros lugares más propicios para sus actividades y los jóvenes de la pandilla, después de jugar en la mañana, desaparecen del territorio.

No es frecuente verlos, de lunes a viernes, reunidos en todo momento. Durante el día se dispersan a lo largo de todo el sector conocido como “la olla”, así también salen de rebusque por toda la zona comercial del centro. En medio de sus correrías se pegan por momentos en pequeños grupos para después continuar con sus operaciones.

Es de anotar que el grueso del grupo está conformado por jóvenes de otros barrios y con estos las reuniones se llevan a cabo en horas de la noche.

2.1.1. Instituciones en el Barrio

Con respecto a las instituciones presentes en el barrio podemos encontrar la Estación de Policía, la Iglesia, el hogar infantil del ICBF “Operación Renacer San Pascual”, el Centro de Salud San Pascual y el Centro de rehabilitación para menores en alto riesgo Bosconia. Mas no encontramos algún centro deportivo o parque recreacional ni colegios o escuelas.

Los niños del barrio acuden a los centros educativos más cercanos como el Colegio Técnico Industrial Antonio José Camacho y otras escuelas en barrios aledaños. Dentro de ellos se desarrollan actividades extracurriculares como prácticas deportivas que intentan canalizar la conducta y las energías de los niños y jóvenes de manera positiva.

Así mismo, instituciones como la iglesia brindan ayuda a los recicladores e indigentes del sector, con programas de ayuda alimentaria (comedores comunitarios) y dotación de vestuario. De igual manera, hay grupo juvenil dentro de la iglesia que se reúne cada ocho días y es la base de la dinámica de colaboración voluntaria de los programas de la misma, además de adelantar la labor inherente de evangelización.

La Junta de Acción Comunal se reúne cada mes en el despacho parroquial; sus integrantes son personas mayores y en las reuniones plenarias se nota la ausencia de jóvenes. Sin embargo, en varias de ellas, los jóvenes y sus problemáticas son el eje temático. Evidentemente, la pandilla es un asunto de frecuente discusión y sin embargo ésta se ha reproducido con más fuerza que las soluciones aplicadas propuestas por la JAC.

Con relación a la institución de la policía, podemos anotar que adelanta con niños de varios sectores un programa dirigido a construir una especie de seguridad cívica. Aunque este no es el espacio adecuado para reflexionar sobre las dimensiones de esta actividad, la dejaremos indicada como una forma de la extensión de las relaciones institucionales con el barrio. También colaboran en la resolución de conflictos familiares que generalmente se tornan álgidos por el uso de armas en cualquiera de las riñas suscitadas.

Es muy frecuente ver a algunos policías reunidos conversando con vecinos del sector sur o tomando gaseosa en las panaderías, también los podemos encontrar al lado de varias mujeres, en su mayoría jóvenes.

Sus incursiones al área conflictiva del sector se limitan a breves rondas, en su mayoría en camioneta, durante las cuales parecería ser que aprehendieran al azar, pues es innegable que toda aquella persona que frecuente ese lugar es susceptible de ser tomada como sospechosa.

En resumen, el radio de acción de la policía se circunscribe al área delimitada simbólicamente por el separador del cual hemos hecho alusión anteriormente.

2.1.2. Los Jóvenes y su Entorno

Las relaciones de los jóvenes con sus familias, según los relatos, son circunstanciales y muy conflictivas; no permanecen en sus casas y la comunicación es muy tensa, llegando incluso, a veces, al maltrato físico de ambas partes. Es común el saqueo, por parte de algunos muchachos, de enseres para empeñarlos y luego comprar droga. Paradójicamente, cuando alguno de estos jóvenes es aprehendido por la policía y conducido a una de las celdas de la estación, es su mamá quien acude inmediatamente a abogar por él.

En ese sentido, las mejores interacciones se dan entre los mismos jóvenes del grupo, pues comparten mundos, necesidades y fracasos. En otras palabras, hay una especie de inversión en los roles de la familia puesto que en el parche encuentran protección, seguridad y aceptación. Vuelcan sus deseos en el interior del grupo, los cuales se cumplen para todos y cada uno de los muchachos. Ciertos instintos primarios no son completamente reprimidos dentro del grupo, y la socialización secundaria es inversamente proporcional a la regulación de normas dentro de una sociedad normalizada.

La mayoría de los núcleos familiares tiene como líder a las madres. La presencia del padre es difusa o nula. Esto es una constante que se ha venido reproduciendo durante dos o tres generaciones. Casi todas las familias son numerosas: la madre y muchos hermanos, por lo general menores, a quienes los pandilleros procuran proteger, tanto de las malas influencias exteriores como de la vida que ellos llevan. En el caso concreto de los jóvenes pandilleros, se evidencia una confirmación de esta situación, en palabras de Alex:

“Ellos tienen sus padres normal, hay unos que sólo viven con la mamá, otros que viven solos, que viven con su pareja o porque en sus familias hay muchas discusiones y se salen a vivir solos”.

El clan familiar, por lo tanto, está circunscrito a este grupo, dentro del cual no se conoce a otro tipo de parientes o se alude a ellos sólo por referencias lejanas.

2.2. LA CIUDAD

Al despuntar el siglo XX, Cali como la mayoría de las ciudades latinoamericanas, estaba sintiendo la influencia de un nuevo orden social y político, muchos de los elementos importados de Europa fueron dando paso a una materialización de los estilos de vida; Estados Unidos alcanza a concretar una cierta influencia cultural en las crecientes urbes del continente, hasta que llegó la gran depresión en los años 20. Si bien con una gran distancia, los ecos de la Revolución Industrial fueron llegando a Cali, matizados por la influencia comercial de una potencia en cierne. Nuevas costumbres, nuevos comportamientos, nuevos artículos empezaron a crear una mentalidad modernizante en una ciudad que poco a poco fue experimentando un paulatino proceso de crecimiento.

En esa instauración de modelos, que se vino a expresar, por ejemplo, en el barrio San Fernando, Cali empieza a sentir la transición lenta de una sociedad rural a una urbana. Lo tradicional continúa en lo que articula el centro, lo moderno en las nuevas periferias²⁶.

Una ciudad con atractivos tan definidos era –en apariencia– bastante seductora para los pobladores rurales, que empezaron a abandonar sus tierras para probar suerte en la ciudad, que empieza a sentir el impacto de un crecimiento demográfico proporcionalmente acelerado:

“... el crecimiento económico y demográfico durante la segunda y tercera década del siglo XX obedeció más a la tasa de crecimiento migratorio. Las decisiones de emigrar hacia Cali dependieron de las expectativas por encontrar en la ciudad mayores oportunidades de empleo, ingresos superiores y comodidades urbanas mejores que las del entorno regional y rural”²⁷.

En ese contexto de la segunda década del siglo XX, el centro de la ciudad era aún escenario comercial y de residencia de algunas familias burguesas, algunas de las cuales conformaban el barrio San Pascual. Adyacente a los sitios referentes del comercio estaba la galería El Calvario, que funcionaba como eje intermedio de las relaciones comerciales. Antes, en 1918, se había firmado el Acuerdo No. 9 de Junio 11 de ese mismo año donde reglamentaba la prostitución en Cali y donde se delimitaba como zona de trabajo la carrera 12 hacia el sur, en plena frontera con San Pascual:

²⁶ Ver Edgar Vásquez Benítez. Historia de Cali en el Siglo XX. Sociedad, Economía, Cultura y Espacio. Darío Heno y Pacífico Abella Editores. Artes Gráficas del Valle, primera edición, noviembre de 2001. Pág. 176.

²⁷ *Ibíd.* Pág. 160.

“La contigüidad de la nueva Galería a la plaza de mercado de El Calvario (carrera 9 a 10), donde confluían campesinos, vendedores, marchantes, delincuentes del “bajo mundo”, inmigrantes pobres, en busca de oportunidades y hotelitos de “mala muerte”, provocó un rápido deterioro social y físico de la zona delimitada en el acuerdo anterior”²⁸.

Desde lo que hoy se conoce como la Pila del Crespo, atravesando la hoy carrera 10 hacia el sur, en esa época sólo había terrenos baldíos, hasta que en 1927 se construyó el barrio San Fernando, pero la mayor parte de la periferia continuaba vacía.

De esta manera, las nuevas formas de funcionalidad de un barrio en crecimiento cohabitaban con las dinámicas de marginalidad ya anotadas. Este panorama en donde convergían dos maneras diferentes de habitar y subsistir dio como resultado, por un lado, el repliegue de las familias apegadas a la tradición y a la legalidad hacia una interiorización más fuerte de los valores y, por el otro, una necesidad de encontrar modelos alternos de subsistencia que generó una nueva perspectiva de la dinámica delincencial. La capital, con evidentes rasgos de industrialización, condiciona de manera más enfática las formas de supervivencia de sus actores. Nuevas formas de trabajo, mucho más metódicas, se expresan en una división y por lo tanto selección de las aptitudes laborales. Quienes no aplican se ven excluidos y destinados a actividades marginales.

A mediados del siglo XX el auge de la industrialización en Cali dio como resultado la construcción de nuevos barrios y la migración de personas de la periferia hasta la zona urbana configurando núcleos de invasión²⁹.

“La mentalidad modernizante y empresarial introducida a la sociedad caleña por inmigrantes “paisas” y extranjeros residentes que aspiraban a los beneficios que podían obtener con la aplicación de innovaciones y cambios en la ciudad, se constituyó en una fuerza que impulsó los procesos de construcción, urbanización y desarrollo urbano”³⁰.

El centro de una zona es un foco de referencia para los grupos migratorios, es allí a donde se proyectan para ubicarse espacialmente; además, era en el centro donde funcionaba el mercado como base de una economía primaria. Estos dos elementos articulaban una funcionalidad concreta: el centro como estrategia de ubicación y posibilidad de alimentos en ese mismo espacio. Es

²⁸ Ibíd. Pág. 179.

²⁹ Ibíd. Pág. 148.

³⁰ Ibíd. Pág. 129.

decir, no había necesidad de salir del centro; no es aventurado pensar que los primeros brotes de inseguridad se hayan registrado en ese contexto: si hablamos de personas desubicadas en su mayoría, sin comida y sin vivienda en un barrio cuya característica principal era la reproducción en pequeña escala de costumbres rurales, era uno de los lugares propicios para frecuentar continuamente.

Para esta época ya había una continuidad en el establecimiento de lo marginal en esta zona y la llegada de estas oleadas migratorias (en su mayoría rurales) configuró el perfil de los elementos básicos que en un futuro caracterizarían al pandillaje moderno. Al encontrar focos propicios para su subsistencia diaria, pero con la necesidad perentoria de insertarse en ellos, los inmigrantes han debido crear nuevas formas de adaptación que al integrarlas a las ya existentes fueron los criterios iniciales de una forma de comportamiento que una o dos generaciones después alimentaría los rituales de estos grupos de jóvenes.

Como veremos a continuación aquí evidenciaremos un punto de quiebre: es en esta transición donde empiezan a emerger los primeros brotes de grupos informales de jóvenes dedicados a la delincuencia en el sector, es decir, las primeras conformaciones de una pandilla.

Aunque el primer rasgo de inseguridad en el sector que hallamos a nivel de medios de comunicación data de 1982, refiriéndose a la venta de la iglesia,

“La zona negra de Cali, a pesar de estar ubicada en cinco barrios cuyos nombres tienen reminiscencias religiosas, es la más peligrosa de la ciudad. Se agudiza controversia por venta de Iglesia (El País Julio 30 de 1982).

Gran parte de este sector se le ha denominado la mal llamada “zona negra” por la existencia de ciertas personas indeseables y que vienen de otros lugares a cometer fechorías por estos lares”³¹.

Ya desde la década de los 70s, según lo relata Carmen, vecina tradicional del barrio, se podían observar pequeños grupos de jóvenes que se reunían en las esquinas a delinquir:

“yo vivo aquí desde el 75, en esa época ya existía la pandilla, siempre han existido en el barrio, pero no siempre son los mismos, un grupo va pasando, vuelve otro, se renueva.

³¹ *Ibíd.* Pág. 9.

El sector era más inseguro que ahora, en la 13 con 13ª de ahí para arriba robaban a todo el mundo, no podían ver a nadie ni con una pulserita... eso era impresionante”.

Se puede comentar que la conducta típica de estos grupos ha ido refinándose en cada generación. La reproducción de la misma tiene que ver con las nuevas formas de supervivencia que se han ido modificando dentro del contexto de los nuevos órdenes económicos:

“Recuerdo que yo recién pasada acá, me tocó ver cómo atracaban a un señor que, pobrecito, pasaba por la esquina de mi casa. Al rato estaban por ahí esos ladrones riéndose, tomándose unas gaseosas en la panadería y haciendo como cuentas de cuánto era para cada uno, y eso era casi todos los días.

Ahora, vienen y se fuman lo que han robado en otro lado”.

Las modalidades de operación han cambiado: ya no basta el atraco simple, la territorialidad ha dejado de ser una limitación, su representación espacial sigue siendo la misma, pero su rango de acción se ha modificado. Al principio la supervivencia inmediata requería de movimientos espontáneos calculados más por la necesidad que por el control de las diferentes variables que se podrían considerar; ahora, el grado de planeación es mucho más elaborado, porque la experiencia heredada de la práctica de sus antecesores les ha permitido construir planes que tienen que ver con una historia futura que se pueda narrar y, lógicamente, que tenga continuidad y sea sostenible para cada miembro del grupo.

Podemos considerar que esa transición se escenificó en la década de los 80; ese paso de la informalidad al cálculo detallado se cristalizó con el auge del narcotráfico, muchos de estos jóvenes pasaban a formar un ejército de sicarios que comerciaban con la vida a cambio de una seguridad y amplitud económica. La operatividad del sicario y la imagen que proyecta permea en su grupo de pares, en donde se establece una especie de contienda ideológica. Esa operatividad exige mayor grado de organización, disciplina, orden, táctica y estrategia. En pocas palabras, cálculo.

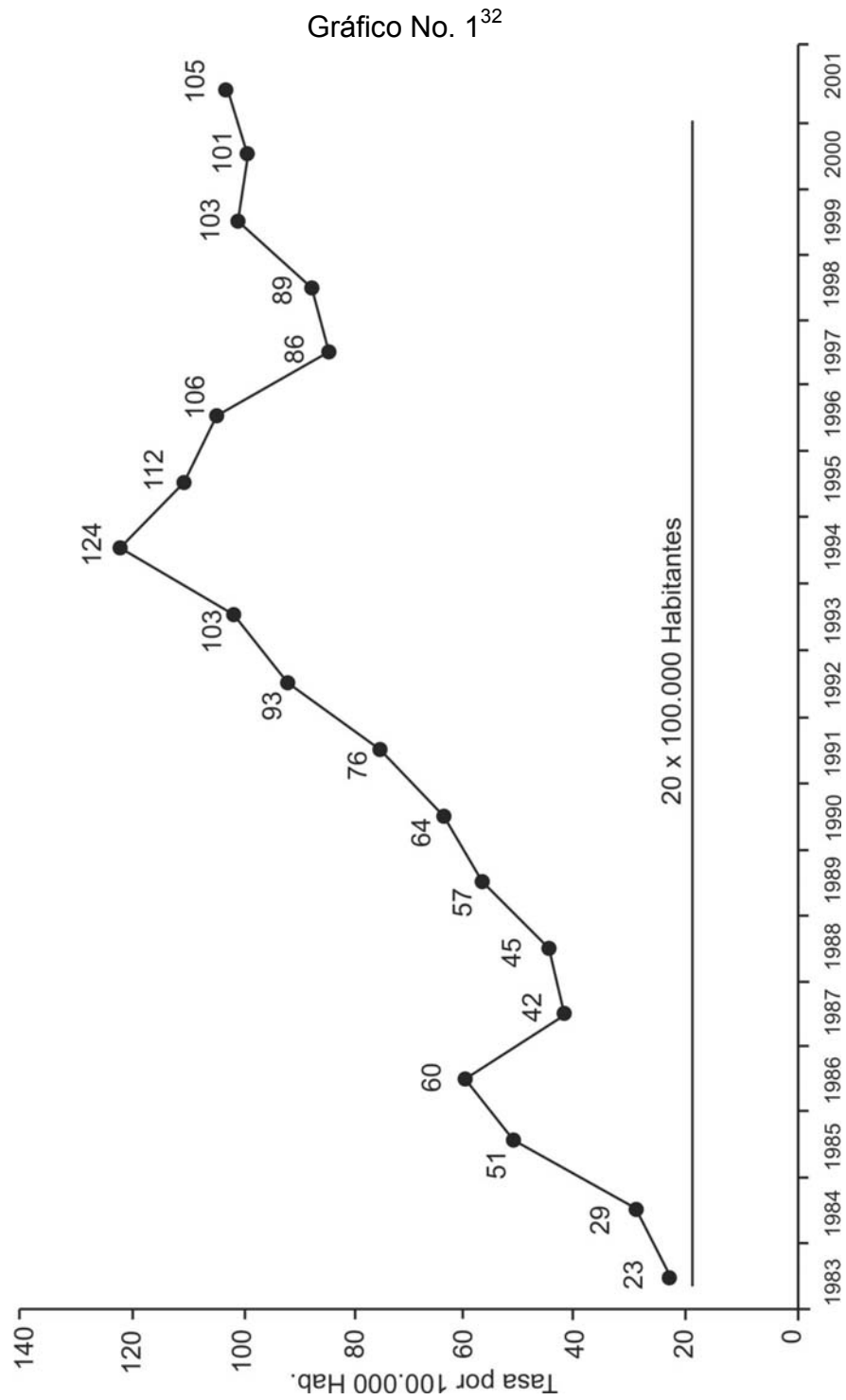
Los componentes de esos detalles se integran con las planificaciones improvisadas, las cuales después de la caída del narcotráfico configuraron esos nuevos modos en la forma de proyectar el futuro como regla de vida para el grupo. Hay un retorno a la supervivencia diaria, a la construcción del ejercicio inmediato de la violencia cuyas bases racionales vuelven a ser elementales.

2.3. EL MUNDO DE LA DELINCUENCIA EN CALI, ALGUNAS TENDENCIAS

Creemos pertinente ofrecer un panorama general de las dimensiones de la delincuencia en Cali a partir de las dos últimas décadas del siglo pasado, para articular el contexto histórico desde el cual observamos las bases de la generación del grupo de los Chicos Malos. Este corte se debe a que en esta época se presenta con más contundencia la influencia del narcotráfico en gran parte de la estructura social colombiana. Cali, Medellín y Bogotá fueron escenario de una cultura que se instaló rompiendo lazos tradicionales y creando nuevas conexiones o redes de acceso a mayores beneficios.

Para el caso de Cali, observaremos la tendencia de los homicidios en el marco del auge de este fenómeno, es decir, entre 1983 y 1995. Posteriormente, daremos una mirada al comportamiento de la delincuencia luego de la caída del narcotráfico.

Gráfico 1.
Tasas de Homicidios en Santiago de Cali
Años 1983-2001



³² Tomado del Observatorio del Delito –Observatorio social–. Secretaría de Gobierno, Convivencia y Seguridad. Santiago de Cali, octubre 2001.

Vemos que entre 1983 y el año siguiente hay un crecimiento moderado de la tasa de homicidios que luego se incrementa entre 1985 y 1986, período que corresponde en Cali al establecimiento de los campamentos de paz del M-19 y el posterior desmonte de los mismos por parte del ejército. Comienza una guerra sucia dirigida contra todo aquello que expresaba una diferencia política, sexual o ideológica. Fue la época en que la UP y diversos grupos políticos de izquierda comenzaron a ser aniquilados. En ese marco, cayeron sindicalistas, líderes indígenas y de izquierda, incluso homosexuales y prostitutas, alcanzando un porcentaje de 60 homicidios por cada 100.000 habitantes.

De esta manera, lo confirman Guzmán y Camacho:

“Así, 1985 fue un año en el que predominaron los enfrentamientos militares, estos disminuyeron para 1986 en un porcentaje similar al aumento en las limpiezas [...] Tres escenarios surgen como dominantes: los enfrentamientos militares, las limpiezas y los ajustes de cuentas. Los dos primeros claramente se inscriben en espacios sociales en los que están en juego dimensiones del orden local social en su conjunto; expresan así conflictos relativos a la vida pública local y remiten a la pugnacidad que en el periodo se dio en la ciudad en relación con el panorama político nacional. No hay que olvidar que Cali fue uno de los ámbitos privilegiados de este tipo de procesos y conflictos”³³.

Hay un descenso vertiginoso comprendido entre el año 1986 y 1987 que puede entenderse como un escenario de expectativa ante el cambio de mandatario, pero en 1988 la tasa crece dramática y progresivamente hasta alcanzar un tope en 1994 de 124 homicidios por cada 100.000 habitantes, es decir, la más cruda expresión de la guerra entre carteles y de estos (especialmente el de Medellín) contra el Estado colombiano, cuya piedra angular era el Tratado de Extradición.

Si bien el caso de Cali no fue tan marcado como Bogotá y Medellín, lo cierto es que la ciudad no escapó a la ola de retaliaciones entre las diferentes bandas.

Finalizando la década de los 80s observamos una estabilidad en las cifras de homicidios que se incrementan justa y constantemente a partir de 1989 lo que es considerable en términos de la distinción que hace Guzmán sobre violencia endémica y violencia coyuntural. La primera tiene que ver con antecedentes “crónicos” que se sedimentan estructuralmente en una

³³ GUZMAN, Álvaro y CAMACHO GUIZADO, Álvaro. Colombia, Ciudad y Violencia. Ediciones Foro Nacional. Bogotá, 1990. Pág. 74.

comunidad y que generan otra serie de manifestaciones adyacentes, conteniéndose en ellos, a los que podríamos denominar coyunturales³⁴.

Ya habíamos señalado el incremento en las cifras de homicidio después de iniciados los años 90s, época de mayor poderío del cartel de Cali y ocaso del de Medellín. Estadísticas generales nos permiten observar los niveles inusitados de homicidios en la capital antioqueña, acaso incomparables con los registrados en la capital vallecaucana.

El año 1993 presenta un aumento notable en el número de homicidios, el más alto en mucho tiempo, lo que se puede explicar con base en la multiplicación de actividades de bandas delincuenciales organizadas cuyas formas de actuación se proyectarían en negocios ilícitos. La guerra entre carteles se recrudece, y los ejércitos de sicarios engrosan su número de componentes, casi en su totalidad reclutados en barrios marginales, potencialmente integrantes de pandillas. Ahora la territorialidad juega un papel circunstancial en medio de los trabajos más importantes; se modifican las percepciones con respecto al rol de los jefes o líderes y los grupos tienden a dispersarse en la interacción de la guerra entre carteles, es decir, el pandillaje es una escuela de la cual sus integrantes han salido a enfrentarse a las dinámicas sociales cuyos referentes ya están por fuera de su grupo.

Entre 1994 y 1998, en pleno gobierno de Ernesto Samper Pizano, la tasa bajó de 124 a 86 homicidios por 100.000 habitantes. Esto coincide con el desmantelamiento del cartel de Cali y todas las consecuencias socioeconómicas de un pasajero espejismo. En ese sentido, cabe suponer que, reducidos los índices de violencia entre carteles, los sicarios se replegaron en sus viejos grupos de pandilla a retomar sus dinámicas. Lo que antes era atribuible a vendettas del narcotráfico y su consecuente aumento de los homicidios, ahora vuelve a sectorizarse a escenarios específicos cuyo lugar común es la guerra entre pandillas dentro del conjunto general de la delincuencia común.

Al comenzar el gobierno de Andrés Pastrana, el número vuelve a crecer: sin los barones del narcotráfico, la ciudad queda desnuda y expuesta al desempleo. El sector de la construcción se paraliza, grandes negocios entran en bancarrota y Cali sumida en un caos cuyo rostro principal es el incremento de la violencia urbana. La Ley Desarme del año 98 produjo efectos transitorios en los índices de violencia, sin embargo, la cifra vuelve a crecer entre 1998 y 2001, lo cual se explica de nuevo, con la captura de algunos jefes del cartel de Cali (de rango medio), la consecuente eliminación de todo

³⁴ GUZMAN, Álvaro. Diagnóstico sobre la Violencia Homicida en Cali, 1993. Universidad del Valle. Facultad de Ciencias Sociales y Económicas. 1993. Pág. 12 y 13.

aquello que configuraba su red y la emergencia dramática del cartel del norte del Valle.

A partir de este momento, la situación en los índices de violencia tiende a estabilizarse. Algunos capos del cartel del norte del Valle fueron capturados y otros dados de baja. Uno de ellos, el jefe de una de las más importantes bandas (Wilber Varela), sigue libre y a él se debe, no obstante, el escenario en la ciudad de Cali de sus retaliaciones:

“Con las muertes de Iván Urdinola y Orlando Henao, así como las capturas de Arcángel Henao y de Luis Hernando Gómez Bustamante, el fin de los carteles del norte del Valle parecía estar cerca. Sin embargo, el enfrentamiento entre Montoya y Varela se recrudeció, en una disputa en la cual murieron varios de sus hombres de confianza. Lo anterior repercutió en la situación de la ciudad de Cali, especialmente durante los años 2003 y 2004, con el aumento en el número de homicidios”³⁵.

De esta manera, observamos los diferentes periodos por los cuales la violencia ha marcado sus peculiaridades; también son claros los diversos actores, con sus propias motivaciones, que participaron en el escenario de violencia urbana, lo que nos lleva a considerar un entroncamiento de la violencia, más allá de sus estimulaciones, en la vida de una ciudad. Dado que sus agentes construyen ideológicamente tanto los móviles como los hechos para ejercer la violencia, ésta se focaliza y se integra en las dinámicas propias de cada ciudad. Álvaro Guzmán identifica esta situación a través del concepto de “Criminalización Violenta de la Vida Urbana”:

“Se debe entrar a considerar lo que Álvaro Guzmán ha denominado la ‘Criminalización violenta de la vida urbana’ desde la cual se trata de relacionar una forma de configuración del orden social urbano con una forma de estructuración local de la delincuencia. Bajo este marco, es necesario comenzar a identificar los agentes criminales, su vinculación con los procesos de violencia, así como las relaciones que se establecen entre estas estructuras”³⁶.

³⁵ VICEPRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA. Dinámica Reciente de la Violencia en Cali. Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH. Bogotá. Abril, 2006. Pág. 9.

³⁶ *Ibíd.* Pág. 10.

En el año 2005 con una peculiar medida llamada Ley Zanahoria y Garrote, los niveles de violencia disminuyeron, pero con presencia de algunos picos altos en ciertos meses, como abril y diciembre, sin embargo, se destacaron algunos hechos que no pueden escapar a los intereses de este estudio. Textualmente:

“En el último año, se ha reforzado el pie de fuerza en la ciudad y se ha aumentado su movilidad, lo que ha repercutido en un mayor número de operativos contra las estructuras criminales. De especial importancia ha sido el desmantelamiento de algunas oficinas de cobro, así como la captura de los jefes de algunas bandas poderosas como los R-15 y Los Chicos Malos”³⁷.

Creemos pertinente aclarar que en este caso la acción de la policía tuvo como consecuencia el desmantelamiento de ciertas oficinas de cobro y, por otro lado, la captura de los jefes de algunas bandas reconocidas y peligrosas de la ciudad de Cali. Así mismo, los niveles de operación y efectividad dan cuenta de diferencias sustanciales en la naturaleza de estas dos organizaciones: los Chicos Malos se circunscriben a sectores determinados y muy pequeños de una ciudad, mientras que los R-15 se podrían considerar como una organización delictiva mucho más estructurada, sólida y especializada (asalto a casas y carros de valores, implicaciones con secuestros, robos de autos, oficina de cobro, etc.).

2.4. MODALIDADES DEL MUNDO DE LA DELINCUENCIA EN CALI

Habiendo contextualizado la situación general de Cali para los últimos veinte años, procederemos a establecer una mirada paralela y diferenciadora entre lo que consideramos pequeña delincuencia y delincuencia organizada. Estos rasgos configuran nuestra identificación de la pandilla como un actor en el ejercicio de una de éstas, permitiéndonos, así mismo, saber en qué momento y lugar se inscriben los actos de violencia de ellos.

Es de aclarar que, contenidos en la dinámica de la delincuencia están los diversos actos de violencia, definidos como:

“Formas extremas de una relación de lucha social. Involucran unos actores que ejercen la violencia a partir de unos intereses y mediante la utilización de unos recursos dentro de una definición mínima de un tema o hecho de conflicto”³⁸.

³⁷ Ibíd. Pág. 44.

³⁸ GUZMÁN, Álvaro y CAMACHO GUIZADO, Álvaro. Op. Cit. Pág. 27.

Esta definición nos lleva a considerar a los actores de la violencia como activos y pasivos, individuales y colectivos y públicos y privados³⁹. Es así como lograremos ubicar a las pandillas en un aspecto concreto de la delincuencia.

Como delincuencia organizada entenderemos,

“Toda aquella actividad criminal ejercida en forma colectiva por varias personas vinculadas para tal fin permanentemente o con vistas a la comisión de un delito determinado. Los grados de participación pueden ser análogos para todos los delincuentes o diversificarse según el principio de división del trabajo”⁴⁰.

Considerado esto, se puede identificar, en el escenario de la ciudad de Cali la intervención de un actor relevante e influyente que presenta los rasgos de la delincuencia organizada: el narcotráfico. Es evidente que este fenómeno intervino en todas las esferas sociales, económicas y políticas, y en diferentes gradaciones, desde lo más encumbrado hasta lo más básico.

Pero, como ya hemos visto, con el declive de los grandes carteles se fueron constituyendo pequeñas células autónomas, fuertes pero “cerradas y clandestinas, lo que se traduce en menor capacidad del manejo del negocio... parecen más atomizadas y por lo tanto más elusivas... las nuevas organizaciones del narcotráfico son ante todo delincuentes económicos relativamente independientes”⁴¹.

El poder de estos grupos se ha diseminado hacia esferas superiores y se ha conjugado con grandes movimientos al margen de la ley; pero en la capas inferiores fueron las grandes repercusiones como el desempleo, las que originaron la agudización de una crisis económica que fue el caldo de cultivo de la configuración de otras pequeñas delincuencias.

³⁹ “Son activos fundamentalmente los ejecutores o quienes la suscitan: es posible que en un acto de violencia se enfrenten a actores activos, pero puede ser que algunos no lo sean y forman parte de la relación únicamente como víctimas. En el primer caso la relación indica una confrontación, en el segundo una imposición de fuerza. Los actores son públicos no solamente cuando son agentes del Estado sino cuando de su participación en la relación se destaca que se encuentra en juego algún elemento normativo o valorativo relacionado con el orden público, es decir con la marcha de las instituciones que regulan la vida colectiva y política de los ciudadanos. Y son privados cuando los hechos de violencia que los involucran están asociados con normas que regulan las relaciones entre las personas sin que se sobrepase la esfera de sus vidas como sujetos particulares”. *Ibíd.*. Pág. 27.

⁴⁰ PRATT FAIRCHILD, Henry (Editor). *Diccionario de Sociología*. FCE. México. 1985. Pág. 82.

⁴¹ CAMACHO, Álvaro y LOPEZ, Andrés. *From Smugglers to Drug-Lords to “Traquetos”*: Changes in The Colombian Illicit Drugs Organizations. Publicado en la Web de Helen Kerllogg Institute for International Studies at The University of Notre Dame. Citado en: VICEPRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA. Op. Cit. Pág. 6.

Como pequeña delincuencia se podrán interpretar todas aquellas acciones derivadas de situaciones inmediatas que no exigen un grado elevado de especialización, organización y raciocinio.

De acuerdo con lo explorado anteriormente podemos mencionar que el andamiaje de una pandilla es de carácter privado por cuanto se restringe a acciones puntuales, rutinarias cuya única variedad puede ser la víctima. Sus acciones son normalizadas como consecuencia de vacíos sociales que se pueden colmar en el instante en que deciden ejecutarlas. En la configuración del delito hay una reificación del acto ya que, por ejemplo, el robo no se constituye en un medio para lograr un fin, sino en una estrategia para satisfacer una necesidad inmediata. La dinámica diaria del delito permea la actitud, incluso, de la víctima quien al reaccionar al impacto decide dejar las cosas como están, en una especie de contrato de silencio a cambio de tranquilidad.

En ese sentido, interiorizado el juego, los pandilleros llevan a cabo sus acciones a cualquier hora del día y con el rostro descubierto. Lo que nos lleva a formular que estos delitos se individualizan y no son susceptibles de vincularlos rigurosamente con infracciones flagrantes a lo público.

A pesar de presentar una estructura jerárquica de referentes simbólicos, ésta funge como un principio de identificación disgregado de la acción. De esta forma, esa jerarquía no se refleja en sus operaciones que se realizan gracias a una práctica previa que les permite superar las contingencias de las mismas. En otras palabras, el atraco, al ser individualizado, se comete de atracador a víctima y no de Chico Malo a Sociedad, en primera instancia. El carácter de sus procedimientos les otorgan los elementos constitutivos de lo que antes pudimos observar en la definición de la pequeña delincuencia.

Sin embargo, las condiciones sociales e históricas obligan a los grupos sociales a adaptarse a los cambios, de tal manera que es muy complicado encasillar a un colectivo sobre la base de criterios delimitados. El transcurso de este estudio nos revelará un punto de partida que es el que hemos acogido en este apartado pero que en la misma dinámica evolutiva de la pandilla es susceptible de adoptar otros caracteres vinculados, de una u otra forma, con los elementos definitorios de nuestro objeto de estudio.

3. LA PANDILLA COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL

En primer lugar interpretaremos teóricamente las características que definen a una pandilla en términos de sus procesos constitutivos, de identificación y consolidación, sin dejar de lado la conformación de imaginarios acerca de su territorio y lo que converge alrededor de él en forma de rituales.

De igual manera, abordaremos brevemente una perspectiva del ejercicio de la violencia en la generalidad de estos grupos. Por último, nos vamos a concentrar en los relatos para reconstruir la historia de la pandilla, lo cual ha sido un trabajo complicado porque todas las etapas por las cuales ha pasado han establecido una dispersión de conceptos en los entrevistados. Incluso, la movilidad de sus dinámicas –la individualización de muchos actos– hace que algunas ideas no tengan puntos concretos de encuentro. En otras palabras, se evidencian algunas contradicciones en los relatos, las cuales son susceptibles de interpretación.

De todas formas, intentaremos canalizar objetivamente los rasgos puntuales que nos permitirán revisar adecuadamente la historia de esta pandilla con bases sólidas y confiables.

3.1. CARACTERIZACIÓN DE UNA PANDILLA

De manera general algunos factores que inciden en la reunión de jóvenes que conformarán la pandilla, son:

- Desunión familiar
- Maltrato psicológico y físico
- Ausencia permanente de la cabeza de la familia (que no siempre son los dos padres)
- Deserción escolar
- Marginalidad del sector
- Condiciones de pobreza

Todas ellas crean necesidades y vacíos que se van exacerbando poco a poco con el reconocimiento común de los mismos, lo cual no es suficiente para colmarlos. La reunión paulatina de estos menores va elaborando los mecanismos para satisfacerlos. A través de rituales, de rutinización de

comportamientos, de la afirmación de sus cotidianidades, van adquiriendo autonomía, protección y seguridad.

La pandilla, entendida como un grupo social cohesionado, integrado, definido, jerarquizado y compacto puede asumir características institucionales dentro del universo social, en donde lo legal y lo ilegal, lo legítimo y lo ilegítimo, hacen parte de él. Al interior de una pandilla se puede identificar una estructura básica, cuyos elementos más representativos son: el líder o líderes, los activos u orgánicos y los periféricos o simpatizantes⁴².

El líder es el referente de autoridad principal dentro del grupo, su comportamiento determina el carácter y el sentido de su operatividad. Los activos u orgánicos son quienes soportan el andamiaje ideológico (por ejemplo, la esencia del nombre de la pandilla) y funcional del grupo; interiorizan y luego proyectan la realización de responsabilidades que reflejan sus habilidades proporcionándoles un lugar dentro del grupo. Por último, los periféricos o simpatizantes, son los “obreros” del grupo, los más numerosos y menos frecuentes, pero que constituyen la base de sus acciones. Sin embargo, de acuerdo a las circunstancias puntuales de espacios y condicionamientos una pandilla podría operar sin la referencia concreta a la figura del líder o, al menos, sin una dependencia directa a él.

A nivel local, estos mismos elementos están ubicados de una manera análoga y se ha encontrado una multiplicidad de factores que hacen más dispendiosa la labor investigativa:

“[...] La edad de los miembros de la pandilla va desde la preadolescencia (10 años) hasta la temprana adultez (23 años). Aunque la mayoría de las pandillas y de las galladas estudiadas está compuesta por muchachos, las muchachas también forman galladas y pandillas y algunas pandillas están conformadas de forma mixta, aunque con pocas mujeres. Las pandillas no son peculiares de algún grupo étnico. Se encontró, por el contrario, que sus miembros provienen de grupos étnicos variados: blancos, mestizos, mulatos, negros (en ninguna de ellas se observó población indígena) y con procedencia variada en cuanto al lugar de origen (departamento y sector rural y urbano)”⁴³.

⁴² LAZO HUAYLINOS, Héctor Enrique. Etimología del Término “Pandilla”. Lima, Perú. 2002. Ver <http://www.monografias.com/trabajos12/pandi/pandi.shtml> - Consulta realizada el día 27 de diciembre de 2006.

⁴³ DE RESTREPO, María. Percepción, Posición y Propuestas de la Comunidad frente a las Actividades Delictivas de las Pandillas Juveniles de Cali. Informe final de investigación. CIDSE. Universidad del Valle. Instituto Colombiano de Bienestar Familiar –ICBF–. Cali, 1991. Pág. 17.

Entre las investigaciones alrededor del tema del pandillaje se ha tratado de comprender cómo estos jóvenes ordenan el mundo y definen sus fronteras. Cada grupo tiene límites propios que han sido pactados en pro de intereses comunes. Éstos son punto de encuentro alrededor de los cuales se vierten juicios por medio de los cuales se toman decisiones, por ejemplo, quién hace parte o no del grupo.

La manera en que se consolidan estas vinculaciones, el hacer “parte de” tiene que ver con el entramado de intereses que encontramos en común con determinado grupo. Un sujeto construye las bases de su identidad, entre otros elementos, en su inserción a los grupos: el “yo soy” es la consolidación prefigurada desde el “pertenezco a”.

En términos de grupo, está la aspiración de reconocerse en la pertenencia que llevará un tiempo después a la apropiación de ese “somos”; el grupo se determina normativamente, pero también se ha creado un vínculo diferenciador hacia fuera, vínculo que ha sido coyuntural a los lazos internos de pertenencia al grupo y que fortalecen su identidad, la cual es una necesidad social básica.

Se hace necesario aclarar que todas las relaciones que hacen posible la construcción de identidad están atravesadas por nexos irreductibles de confianza. A veces el silencio es el mejor de códigos de entendimiento, por eso es importante una apropiación de todas las señales de comunicación del grupo. La violación de alguna de ellas significa la pérdida de confianza y con ella la razón de pertenecer y ser miembro del grupo, arriesgándose al señalamiento y, en muchos casos, a la venganza de sus ex compañeros.

La institucionalidad que se ha estabilizado en ciertos grupos trasciende las trayectorias individuales y penetra en la identidad colectiva que retorna en forma de reconocimientos personales⁴⁴. El colectivo es un escenario de los deseos del sujeto y su funcionalidad le permite identificarse frente al resto de la sociedad. El sentirse miembro de una pandilla es un atributo de honor, la camaradería propiciada por todos esos elementos comunes los diferencia de otras pandillas. Esa diferenciación es el punto neurálgico del conflicto, el cual, proyectado en diferentes ámbitos de su lucha, los cohesiona y los fortifica.

⁴⁴ Pierre Bourdieu introduce el concepto de *habitus* como el elemento transformador de este proceso: “Mejor dicho, es aquello [el habitus] a través de lo cual la institución encuentra su plena realización: la virtud de la incorporación, que aprovecha la capacidad del cuerpo para tomar en serio la magia preformativa de lo social, es lo que hace que el rey, el banquero, el cura sean la monarquía hereditaria, el capitalismo financiero o la iglesia hechos hombre. La propiedad se apropia de su propietario[...]”. “Estructuras, Habitus y Prácticas”. En: *El Sentido Práctico*. Taurus Humanidades, Madrid, 1991. Capítulo 3. Págs. 99, 100.

Para tratar de entender las motivaciones y acciones de los jóvenes insertos en pandillas, habría que evaluar las vinculaciones e intercambios que en la mayoría de estas personas tiene como escenario la calle. Así mismo, es necesario analizar los procesos de identidad que ellos construyen.

Los pandilleros son catalogados como delincuentes, ya que las actividades que los distinguen son consideradas como violaciones a la legalidad estatuida. Además, está configurada una lógica de la apariencia y la exterioridad que atraviesa todas las actitudes de los pandilleros, por ejemplo, la reunión en la esquina, el consumo de cigarrillo y drogas, el vestuario, el escándalo público, su comportamiento y lenguaje. Esto es correspondiente con la instauración de una justicia propia, paralela, pero que responde peculiarmente a la constitucional.

Los integrantes de la pandilla involucran aspectos que los integran a su grupo, rituales que los hacen miembros de él, pero también participan de actividades de la vida cotidiana. Se podría pensar que llevan una doble vida, pero es tan sólo el reflejo de una situación construida por el sistema: aquellas estrategias de vinculación a momentos de una vida comunitaria tienen que ver con el desprecio que tienen por sus normas.

Por eso mismo, las infracciones a la ley se relacionan con algo que va más allá del hecho: es una declaración de principios, un establecimiento de que lo que a ellos pertenece, otros lo disfrutan y por eso lo recuperan, es decir, un retorno a la normalidad.

3.2. ACERCA DE LA VIOLENCIA DE LAS PANDILLAS

La violencia de las pandillas es un elemento que tiene al menos dos componentes: el instrumental y el simbólico. El primero se expresa en la ejecución de sus actos característicos, como son el atraco y el robo, ya que esta violencia funge como el recurso principal e inevitable de un intercambio desigual de acciones. El segundo, se manifiesta en las confrontaciones con grupos rivales; precisamente es lo simbólico lo que entra a desequilibrar esa relación.

Sin embargo, estos dos elementos confluyen cuando dichos enfrentamientos se dan con la policía, ya que en este escenario la violencia no sólo es la herramienta para defenderse, sino que es la máxima expresión contra aquello que salvaguarda lo que “injustamente” se les ha quitado o negado.

En ese contexto, la violencia que ellos se han adjudicado es legítima porque todas sus actuaciones se basan en la solidaridad, en el pacto y en un contrato horizontal donde el lenguaje es la garantía, y la estratificación de valores se justifica con un imaginario colectivo más trascendental. Por lo tanto, responden a la ley como algo marginal; al poseer sus propios códigos, interpretan la realidad de una manera diferente, esa interpretación es vista en la sociedad normativa como la trasgresión de las normas.

La violencia cotidiana impregna cada ámbito de las relaciones que tejen estos jóvenes con el mundo exterior con el que tienen una marcada brecha; en otras palabras, aquí la violencia es uno de los productos más notorios de las relaciones sociales. Es paradójico pensarlo de esa manera, pero observándolo detalladamente nos damos cuenta que si bien hace parte de su ritual, sus interlocutores carecen de una respuesta eficaz a este particular diálogo que coloca a los pandilleros en uno de los grados más altos de control:

“La violencia es un producto, uno más de los productos de las relaciones sociales, contingente y disfuncional, según algunos, pero social en todo caso. Evidencia el desajuste y los desequilibrios, es el síntoma que indica y advierte que algo anda mal”⁴⁵.

En esa interacción de violencias, la dimensión originaria se replantea dando lugar a una nueva concepción en donde lo real y lo imaginado comparten un espacio, un tiempo y unos comportamientos, creando así una nueva expresión de violencia en el marco de la irrupción de una nueva época.

3.3. CHICOS MALOS: TRAYECTORIA

A pesar de no haber indicios claros de los orígenes de la pandilla, sabemos por los relatos que desde mediados de los años 70 operaba en el sector. Los relatos de los vecinos nos conducen a establecer un punto cercano y veraz desde inicios de la década del 80.

Empezaron con pequeños hurtos, con acciones muy puntuales, hasta que ese tipo de maniobras los llevó a organizarse de una manera más sistemática. Gonzalo, un vecino del sector, nos comenta:

⁴⁵ VANEGAS, Gildardo. Cali Tras el Rostro Oculto de las Violencias. Instituto Cisalva. Universidad del Valle. Mayo de 1998. Pág. 29.

“Ellos empezaron desde abajo, a quitar una gorra, después de una gorra una cadena de oro en un trancón, después una moto, de ahí luego ya salió el famoso flete que ha sido más reconocido en la violencia por eso y ahí se quedaron”.

Esas modalidades les permitían reconocerse en una alternativa de afirmación porque la activación de rutinas operativas se sustentaba ya no en acciones aisladas, sino desde la totalidad soportada por un nombre, es decir, que el hecho lo lleva a cabo la pandilla llamada “Chicos Malos”.

Durante la década de los 80 se fortaleció el accionar del grupo; sin embargo, el ámbito que los contiene era muy concreto, su red de aplicación no se extendía más allá de algunas cuadras, por lo tanto, se establece una paradoja: a pesar de que las pandillas juveniles cobran notoriedad a partir de un detalle tan contundente como su nombre, lo cierto es que sus ejecuciones no van más allá de lo que caracteriza a grupos de pequeña delincuencia.

Pero la misma trayectoria evolutiva del grupo lo condiciona a ciertos elementos de organización que, si bien no los llevan a ser considerados como delincuencia organizada (aunque esa pertinencia viene dada, justamente, a raíz de las acciones policiales) sí ostentaron caracteres que lo engranaban sólidamente.

En cuanto a la espiral de sus dinámicas, la década de los 90 sirvió como escenario a los primeros brotes de enfrentamientos entre pandillas. El sector estaba expandiéndose y, directamente proporcional a ello, los focos de grupos que se establecían en terrenos análogos a los cuadrantes que ya hemos mencionado en la descripción del barrio. Aquí podemos hablar de cierta especialización de sus acciones, pasar de hurtos simples a negocios concretos de más elaboración y a hechos contundentes entre pares de mentalidades similares. En ese orden de ideas nos dice Jaime:

“Eso era una pandilla juvenil, anteriormente utilizaban mucho los pelaos, porque la ley que los cubría a ellos no les daba mucha cárcel, ¿ya? Entonces, inclusive hubo una guerra entre pandillas, que fueron los Chicos Malos con los del Calvo, que eso hubo una matanza, y mataron gente hasta inocente; en ese tiempo, eso fue como en el 93 o algo así, que venían y daban plomo y de aquí los cogían también a plomo, y mandaban los pelaos armados para que dieran plomo allá y como tanto dejaron allá muertos, como aquí dejaron muertos. Y también hubo una guerra contra los del Sucre, con los de la 18, también se mataron entre ellos mismos”.

Tengamos en cuenta varias cosas: que dicha década presentó el auge y decadencia del cartel de Cali; la ciudad era un mercado y las formas de supervivencia de grupos marginales tenía, en gran medida, mucho que ver con el expendio de drogas. De esta manera, la comercialización de elementos inherentes al negocio propiciaba una necesidad de apropiarse de los mismos, generando como factor primario la guerra sectorial entre pandillas.

Así mismo, a pesar de que algunos relatos son dispersos, vemos que es en esa época en donde aparecen los niños como actores fundamentales del crecimiento de la pandilla.

Con unas operaciones tan puntuales y un accionar reconocido en su propio ámbito, eran un objetivo seguido de cerca por la institución policial. Fue por esa época en que algunos de los pandilleros eran contratados como sicarios. Al respecto nos dice el agente Gutiérrez:

“Esos muchachos se prestaban para lo que fuera, siempre han sido ladrones, raponeros, muchas veces se les ha traído a la estación y algunos ha tocado llevarlos a que presenten declaración por acusaciones de homicidios. Yo creo que más de uno se volvió sicario y no se los volvió a ver por el barrio”.

En el marco amplio de la delincuencia, una pandilla juvenil se convierte en centro neurálgico de las acciones de un operativo, por cuanto son caldo de cultivo para diferentes acciones criminales. Así, los Chicos Malos ya eran un referente, dentro de la delincuencia, para la policía.

Si hablamos, dentro de su trayectoria, de una figura como la del líder, se trataba de Jhon William, el viejo, de quien nos dice “Negrolín”^{*}:

“Entre los más nombrados era un Jhon William, el viejo, uno de los primeros de los Chicos Malos. A él lo mataron escapándose de Villanueva, una fuga que hicieron y él por esperar a un compañero, lo mataron. Eso fue una fuga que hubo en la cárcel de Villanueva con unos paracos”.

Cuando la situación estaba muy agitada, según los relatos, muchos de ellos optaban por salir de la ciudad, en palabras de “Negrolín”:

^{*} Expandillero desde los primeros tiempos.

“Inclusive ellos viajaban a partes de Colombia, iban a Bogotá, cuando se ponía duro el trabajo aquí en Cali, ellos viajaban a lo que era Bogotá, Pereira a buscar a otro lado donde no estuvieran tan calientes”.

A comienzos del presente siglo el acoso de la policía dio como resultado el desmembramiento paulatino (mas no total) de la banda, hasta que, como hemos visto en cita anterior, en el año 2005 capturaron a los líderes más reconocidos de la pandilla.

En la actualidad, la pandilla presenta una estabilidad relativa, puesto que la cohesión inicial que permitía identificar a personas de un mismo sector ha cambiado su esencia, ahora se presentan como un grupo más diverso, con personas de otros sectores, como lo atestigua Mario:

“[...]entonces de todas maneras todavía existe porque todavía llega gente de los barrios aledaños, lo que es del Simón, de Buenaventura, de Mojica, de todos los lados llegan a integrar nuevos ladrones; nuevos pelaos que llegan de muchos barrios de fuera”.

De esta manera, los Chicos Malos han presentado una serie de etapas ondulantes, de picos altos y bajos, hasta que sufrieron el mayor golpe por parte de la policía, siendo reducidos a una menor escala pero continuando con una actividad permanente. De allí, que muchos de los vecinos ya no identifiquen a los jóvenes “parchados” en la esquina como los integrantes de la reconocida pandilla Chicos Malos.

3.4. CONFORMACIÓN DE TERRITORIOS

La fundación, conservación y estabilidad de un territorio es una de las claves de la identidad de una pandilla juvenil. Alrededor de él gira su cotidianidad, los propósitos que se establecen bajo los parámetros de la propiedad. Nada es más auténtico y significativo como el territorio, es una especie de fortaleza y, si se reconoce una elemental categorización de lo privado, es el territorio el que caracteriza este aspecto. Es su referente material.

Y aunque la exploración hacia otros lugares hace parte de sus movimientos ocasionales, la reserva de su refugio es punto de llegada y de partida. Por eso los enfrentamientos con otras pandillas por la apropiación o conservación de las fronteras propias se convierten en una batalla en la que el ritual de la sangre tiene que ver con la defensa de códigos de honor muy arraigados en su imaginario. No en vano muchos de ellos consideran que las

heridas y las cicatrices son verdaderas medallas al mérito y, si se tiene en cuenta que muchas de ellas son ganadas protegiendo su territorio, eso los hace objeto de atribuciones heroicas.

De todos los calificativos que hemos usado para referirnos al territorio de una pandilla juvenil, es necesario reconocer que el de “refugio” es uno de los más adecuados. En ese espacio los pandilleros han construido un resguardo contra las amenazas del mundo exterior: no tiene necesariamente paredes, pero está tan interiorizado en cada uno de los miembros del grupo que mimetiza todos sus movimientos en caso de riesgo o, por el contrario, es un aliado para robustecer las apariencias o las contingencias de poder en el momento de la pelea. Es, si se quiere, el escenario por excelencia de lo simbólico. Entrar al espacio delimitado por una pandilla juvenil es ingresar a un universo con reglas que, si bien no son nuevas, son reelaboradas a partir de lo normatizado en lo que han vivido en un precario proceso de integración social hacia fuera. En el momento de interactuar con sus pares, el pandillero subjetiviza esas reglas y las redefine con arreglo a los intereses comunes. Por eso es que ese mundo adquiere las tonalidades de algo nuevo. Hay un punto concreto en donde nace todo el imaginario que se proyecta hacia la totalidad del territorio: la esquina. Es tan arraigada como la subjetividad que relaciona espacio con representación que no necesitan, incluso, ponerse de acuerdo en horarios concretos y definidos: llegar a la esquina es llegar a la sala de la casa. Gonzalo comenta:

“Ellos se reúnen en toda la 13 con 14 [...] Sino que a uno lo conocen, eso es lo que tiene ese barrio que han respetado a la gente del mismo barrio. A la misma gente del mismo barrio no la roban, pero si entra un extraviado y no va con un conocido, le quitan todo”.

El espacio es respetado y se hace respetar, así como todo lo que converge dentro de él pues hace parte de una fortaleza y hay que resguardarla de toda posible amenaza; recordemos la interpretación hecha sobre las tribus urbanas identificadas por Michel Maffesoli y observaremos que la cuestión relativa a la dimensión espacial se inscribe en la llamada estética existencial. Definitivamente, hay una interacción simbólica entre el espacio y los sujetos cobijados en él, que parte del reconocimiento de la zona, con todas sus expresiones físicas, hasta la atribución de características vitales que lo recrean como un actor, determinante y decisivo:

“[...] A este respecto se puede decir que el lugar se convierte en vínculo. Esto nos recuerda que nos hallamos quizá en presencia de una estructura antropológica que hace que la agregación alrededor de un espacio sea un dato de base de toda forma de socialidad. Espacio y socialidad”⁴⁶.

La relación que tiene este espacio con la ciudad, desde la lógica del pandillero, es la del afianzamiento de la identidad, porque es allí, en su territorio donde el joven se siente “alguien” frente a “algo” que nunca llega a pertenecerle por completo. Tratan de conquistarla a su manera, pero siempre existen obstáculos que lo impiden. Como un ente inabarcable, por la ciudad circula aquello que a la pandilla pertenece. Recuperarlo no sólo es volver al orden normal de las cosas, sino acceder a pequeñas porciones de una zona que en la realidad concreta funciona por fuera de las posibilidades del grupo.

En otras palabras, la ciudad es el escenario de las oportunidades negadas por el sistema, las cuales se conquistan por otros medios. Hacia dentro de su territorio, la pandilla define sus movimientos, los calcula y los equilibra. Hacia afuera los profundiza en una especie de relación costo-beneficio. Al fin y al cabo, es terreno variable, en el cual se objetiva todo aquello que en su abrigo lo hacía fuerte, pero que se constituye en el contexto en el cual se pone a prueba la construcción de referentes:

“La identidad es una relación objetiva que se establece entre su portador y el medio social donde se desenvuelve, una plataforma desde la cual se interactúa con los demás, una pieza delicada cuyo funcionamiento requiere un mantenimiento constante y del soporte material que le dé sentido: la identidad necesita exteriorizarse, objetivarse de algún modo”⁴⁷.

Dado que es problemático enfatizar en el concepto de identidad, podemos asociar todos los elementos que intervienen en un proceso de identificación, mediante significantes sociales que nos permiten elaborar las subjetividades a través de las cuales nos insertamos en el mundo y apropiamos los aspectos que lo particularizarán.

No con esto se quiere decir que el pandillero por fuera de su grupo y de su territorio tenga limitaciones determinantes en sus relaciones con los demás y en sus exploraciones en otros ámbitos de la ciudad. Ni siquiera que no sea capaz de diferenciar los escenarios. Sujeto urbano al fin y al cabo, la ciudad le ofrece alternativas de integración de las cuales elegirá la que más se

⁴⁶ MAFFESOLI, Michel. Op. Cit. Pág. 227. La cursiva es del autor.

⁴⁷ REGUILLO, Rossana. En la Calle Otra Vez. Las Bandas: Identidad Urbana y Usos de la Comunicación. Editorial Iteso. Guadalajara, México, segunda edición, 1995. Pág. 32.

acople a sus intereses o le llame la atención. Más bien, es sostener la idea de la comodidad de transitar en su propio territorio e integrado a su grupo de pares. En ese lugar, como una familia tradicional, la pandilla realiza día a día sus prácticas y rituales que los fortalecen ante diferentes formas de asedio. La ciudad completa no pertenece a nadie, pero su sectorización hace de ella un lugar no digamos más habitable, sino más asequible. Por lo tanto, la especialización en esos pequeños lugares confiere a los grupos sociales una condición de movilidad, avalada por sus estrategias de supervivencia frente a las dinámicas análogas que impone la ciudad: un cúmulo de posibilidades para contrarrestar la periodicidad de los procesos urbanos. Allí, en la necesidad, se construyen los códigos de entendimiento de los pequeños grupos. La proximidad se hace indispensable para el reconocimiento de las potencialidades y ella se posibilita alrededor de las comunidades de base.

De hecho, Maffesoli parafrasea la metáfora de G. Durand acerca de los “huecos”⁴⁸ al referirse a aquellos pequeños sectores en los cuales empieza a emerger un imaginario a la vez particular y complementario de ciudad. Esos grupos móviles, estratégicos y forjadores de alternativas, inscritos en sectores concretos, son identificados como Potencia Subterránea.

Hablamos de “Particulares” porque, como ya establecimos, recrean opciones peculiares de supervivencia frente a los grandes impactos que cotidianamente presenta la ciudad. Esas diferentes formas de adaptación a la urbe complementan una idea general de “ser urbano”, de ciudadano, que toma una forma más familiar, más íntima, en el encuentro con nuestros referentes más próximos:

“Es porque existe saturación de los fenómenos de abstracción, de los valores impuestos desde arriba, de las grandes maquinarias económicas o ideológicas por lo que se puede observar, sin que esto se ponga en tela de juicio (lo que equivaldría a atribuirles demasiada importancia), un recentrarse en objetivos al alcance de la mano, en sentimientos realmente compartidos, cosas todas éstas que constituyen un mundo (hecho de costumbre, de rituales) aceptado como tal”⁴⁹.

⁴⁸ Ibíd. Pág. 79.

⁴⁹ Ibíd. Pág. 87.

3.5. RITOS

Todo grupo social se cohesionan y basa su continuidad en la ejecución de ritos, actividades perdurables en el tiempo que adquieren las características de institucionalidad y que pueden ser modificadas en su forma pero no en su esencia; tienen elementos que lo pueden ubicar dentro del parámetro de lo sagrado porque son incuestionables e icónicos.

En el caso que nos ocupa, por ejemplo, sirven para otorgarle legitimidad a los comportamientos de los miembros de la pandilla y reafirmar –u otorgar– su lugar en el grupo, como lo cuenta Jaime:

“Cuando empezaban, empezaban de mandaderos como se dice, empezaban a hacerle favores a los Chicos Malos, a comprarles comida y a comprarles esto, cuando un día de estos jah que no hay tal cogedor o que no hay quien dé moto! Entonces le daban la oportunidad de que fuera y robara y si probaba pues seguía en el grupo. ¿Ya? [...] Allí todos son conocidos, como hay estudiados, como hay no estudiados, no hay pelaos de carrera universitaria, no. Llegan hasta bachiller. Son pelaos que comienzan a pedir plata, o que por que no quieren trabajar entonces por primera vez comienzan a robar. Llegan a la banda por amigos que los llevan. Se les prueba robando”.

También es un elemento que dinamiza la construcción de identidad, cuando se van afianzando periódicamente las rutinas de un acto, éste se va internalizando en los miembros del grupo, quienes con el pasar del tiempo sienten la necesidad de revivirlo como si fuera reinventado, pero con los aspectos más relevantes que desde el inicio de su historia le han otorgado razón de ser y signos de reconocimiento que los diferencian de otros.

La estabilidad de una pandilla se ve amenazada por diversos factores: muerte de sus integrantes, cárcel, deserción, aniquilamiento. En el más elemental de los casos, los ritos conceden la posibilidad de una continuidad al grupo, porque es lo que trasciende la materialización de sus actos y queda una historia basada en el fortalecimiento alcanzado a través de ellos.

Una de las figuras en la cual se personifican los ritos es la del líder, puesto que está investido de poderes especiales que lo han llevado a ser la vanguardia de ese grupo. Sin embargo, la pelea por el poder es muy equilibrada y no interesa tanto quién es el líder sino que haya líder, y que éste merezca serlo, porque sobre sus hombros están la historia, los propósitos, las razones y el futuro del grupo. Los ritos cumplen el papel de avalar simbólicamente la aceptación por el líder:

“Ritos de iniciación, de pasaje, que tienen por objeto reactivar la institución y en un sentido más amplio la estructura, que se realiza y se actualiza en virtud de la incorporación que los actores llevan a cabo. Referente simbólico entre el sujeto y el grupo que convalida su identidad”⁵⁰.

Los jefes de las pandillas ganan su puesto a través de demostraciones de fuerza cuya primera impresión es la instauración de esa figura de líder que los ampara en la vanguardia. Similar a las estructuras jerárquicas de la sociedad, sin estar institucionalmente fortalecidas –y menos definidas– las estructuras han brindado esquemas elementales de cohesión que sirven para no desarticular definitivamente al grupo.

La muerte de los integrantes de la pandilla es otro hecho inherente a sus actos. Toda la parafernalia que acompaña velorios y entierros encierra una simbología paralela a la perpetuación y la fatalidad: saben que su línea de tiempo es más corta que la de los demás; pero al momento de despedir para siempre a un integrante del grupo desacralizan el rito, instaurando uno propio con el fin de volverlo terreno, personal, buscando reafirmar a cada minuto la presencia de esa figura como si fuera una foto. Relata Álex:

“En cuanto a asaltos, todos han sido lo mismo, de pronto cuando muere alguien. Digamos cuando se va a robar tiene que estar pendiente de lo que le está quitando a la gente, tiene que estar pendiente a su alrededor, cosa que hay veces se le olvida el que está cogiendo y no falta el agregado, un escolta, un dueño de almacén, que saca su revólver y dispara, cosa que le dio y se va, o sea se va pero va hay veces mal herido, un caso iba el pelao mal herido lo único que él dijo fue ‘déjeme tirado, déjeme caer porque ya voy mal’. Lo único que pidió fue el revólver. Le dieron en la espalda y le recorrió bien. No se logró sostener. Cuando toca dejar a un compañero toca.

La ceremonia fue normal, como un entierro de barrio, trago, bala, la musiquita que más le gustaba al finao, las mujeres lo lloraban mucho, tenía amigas y un bandido de esos no tiene una sola mujer. Ahí es donde se ven los encuentros entre ellas, los agarrones, de todo se ve.

⁵⁰ REGUILLO, Rossana. Op. Cit. Pág. 33.

Se hace la despedida del barrio, mandan los buses y va gente del barrio. En el cementerio dan bala. La policía cuando ve eso, cuando ve que hay entierro de barrio y que hay mucho pelao y mucha moto, ahí empieza la policía, hay veces arman un operativo rápido, de batida ahí y encuentran armas y encuentran de todo. Aprovechan, ellos saben que eso es ley”.

Se puede afirmar que todo acto en la pandilla tiene las connotaciones de rito, puebla el mundo de significados y sacraliza la experiencia de la cotidianidad en el marco de sacrificar a diario la certidumbre de apelar a instancias más seguras pero menos placenteras en sus vidas. Prefieren ofrecer su sangre a cambio de un reconocimiento del que no saben si serán testigos o no.

La ciudad es la puesta en escena de diferentes actos. Imperceptiblemente muchos de ellos tienen sus propios responsables de los cuales no es necesario saber, hasta que algunos de ellos irrumpen de manera abrupta para fundar su propio terruño, lo defienden y lo recrean a su manera. Quien intente ingresar en él creará estar en un mundo con reglas nuevas sin detenerse a pensar que son las mismas reglas pero reelaboradas. Cuando logre hacerlo saldrá de allí con una historia “negra” que contar. A menos que quien esté ingresando sea uno de los que escriba esa historia o sea un testigo silencioso de ella.

4. LENGUAJE Y ANTILENGUAJE

En este capítulo haremos una aproximación analítica al lenguaje de la pandilla, sin perder de vista la base explicativa anteriormente expuesta. Teniendo en cuenta la valoración social del discurso de un grupo identificaremos las causas del uso social del lenguaje y su forma de vincularse en la red interna del grupo. A partir de estos elementos llegaremos a la concepción del mundo de un pandillero, involucrando su perspectiva personal y la de grupo.

Hay que tener en cuenta la significación social que tiene todo el entramado lingüístico en la construcción (aún siendo simbólica) de la realidad cotidiana. Especificaremos ciertos aspectos claves en la vida del pandillero: mujeres, instituciones, droga, lugares y tiempos de encuentro. Para esto, introduciremos una serie de propuestas e interpretaciones teóricas que nos orienten hacia una relación básica Lenguaje – Sociedad, como un abre bocas a las palabras de los pandilleros. Las entrevistas son la herramienta más apropiada para hallar rasgos de la estructura jerárquica presente a lo largo del discurso de los sujetos.

De acuerdo con todas las situaciones que abordamos en el capítulo anterior, observamos que para cada una de ellas hay distintas referencias orales y lingüísticas. La fluidez de los discursos evidencia que las prácticas cotidianas están revaloradas desde el lenguaje. La recurrencia y variabilidad en la utilización de esas palabras hacen suponer que estas formas de comunicación se transforman de acuerdo a las condiciones del diario vivir, es decir, se adaptan al medio y lo redefinen. De esta manera, este vocabulario permite construir una imagen del pandillero en sí mismo y en su grupo. La interacción de medio, lenguaje y grupo realiza una conjugación eficaz dada en los términos restringidos de la pequeña comunidad, concretando una alteridad genuina de la realidad. Así interpretamos las palabras de Berger y Luckmann:

“El lenguaje hace más real mi subjetividad, no sólo para mi interlocutor sino para mí mismo. Esta capacidad que tiene el lenguaje de cristalizar y estabilizar para mí mi propia subjetividad persiste (aunque modificada) cuando el lenguaje se separa de la situación ‘cara-cara’. Es una de sus características más importantes y está muy bien captada en la frase que dice que los

*hombres necesitan hablar de sí mismos hasta que llegan a conocerse a sí mismos*⁵¹.

La jerga de estos grupos no es tanto una reacción contra los procesos regulares de una sociedad que los excluye, como una reconcepción de los escenarios en los que interactúan en mayor o menor dimensión. Es decir, el lenguaje se convierte en fundamento del mundo, un mundo alternativo, incluyente, en donde todos sus movimientos, percibidos desde una nueva óptica, son posibles.

De esta manera, desde el grupo, se manifiesta un principio de integración en su resocialización; sin embargo, es notable la permuta que se presenta en la actividad siempre cambiante del lenguaje: una mixtura de palabras que redefinen, de varias maneras, una situación, persona o cosa y viceversa.

*“Entre las censuras más eficaces y disimuladas, pueden incluirse todas aquellas que consisten en excluir a determinados agentes de la comunicación excluyéndoles de los grupos que hablan o de los lugares donde se habla con autoridad. Para comprender lo que puede y no puede decirse en un grupo, hay que tener en cuenta no sólo las relaciones de fuerza simbólicas, que se establecen en ese grupo y que impiden a ciertos individuos hablar (por ejemplo a las mujeres) o les obligan a conquistar por la fuerza su derecho a la palabra, sino también las leyes mismas de formación del grupo (por ejemplo la lógica de la expulsión consciente a inconsciente) que funciona como una censura previa*⁵².

Es evidente que dentro del mismo grupo las tensiones se superan o se agravan a través de códigos preestablecidos de comunicación. A partir de los elementos compartidos (que han trascendido fronteras regionales) hay todo un entramado simbólico formalizado en estructuras de poder y que desde su configuración lingüística es ininteligible para quienes se muevan fuera del círculo.

⁵¹ BERGER L, Peter y LUCKMANN, Thomas. La Construcción Social de la Realidad. Buenos Aires, Amorrortu editores. Enero de 1994. Pág. 56-57.

⁵² BOURDIEU, Pierre. ¿Qué Significa Hablar? Economía de los Intercambios Lingüísticos. Akal Universitaria. Serie Educación. Madrid, España. Pág. 110.

4.1. EL LENGUAJE DEL PARCHE

Partamos de la idea originaria de una lengua compartida que es “oficial”, a partir de la cual se desprenden variaciones en torno a ella. La estructura social dentro de sus canales de ingresos a sus diferentes capas posibilita diversas formas de comunicación y uso de la lengua, determinando fronteras en los ámbitos de significado. A su vez, el uso restringido de los actos de habla genera vacíos de comunicación en las diferentes esferas sociales, los cuales se colman mediante la creación, en ciertas comunidades, de variaciones lingüísticas que se insertan en la cotidianidad de estos grupos, representándolos y cohesionándolos. En otras palabras, es la especialización de las funciones lingüísticas derivadas de la división social del trabajo, la que determina las formas de comunicación de los actores sociales.

En esa medida, hay una orientación de poder en la forma en que se interiorizaron las actitudes, los comportamientos y los valores a través del lenguaje. De aquí podemos considerar dos situaciones:

1. En el lenguaje de los parches se recrea una alternativa social de ciudad, y
2. En ese marco, de diferenciaciones sociales, hay variantes lingüísticas que se expresan en inconformidades intrínsecas proyectadas desde eslabones sociales más altos hacia abajo. Éstas no se hacen explícitas pero la interpretación que conlleva el lenguaje se distribuye en diferentes campos del conjunto social.

Esto lleva a Halliday a denominar estas construcciones lingüísticas como antilenguajes, refiriéndose a ellas como:

“Una perspectiva desde la que podemos ver claramente el significado de la variabilidad en el lenguaje: en pocas palabras, la función de un lenguaje alternativo es crear una realidad alternativa [...]. Sin duda esa es la explicación de las actitudes violentas hacia el habla no estándar que por lo general adoptan los hablantes de un dialecto estándar: el motivo consciente de ‘no me gusta como pronuncia las vocales’ simboliza el motivo subyacente de ‘no me gustan sus valores’”⁵³.

⁵³ HALLIDAY, M. A. K. El Lenguaje como Semiótica Social. La Interpretación Social del Lenguaje y del Significado. Fondo de Cultura Económica. Sección Obras de Sociología. Colombia, 1994. Pág. 232.

Reconocemos en las formas de discurso y comunicación de las pandillas un tipo de antilenguaje, relativas a las dinámicas y funcionalidades características de estos grupos⁵⁴. Poco a poco nos hemos ido familiarizando con palabras como *parcero*, cuya etimología es prácticamente desconocida pero que se ha venido adaptando a un lenguaje estándar a través del lenguaje no verbal. Todos sabemos que significa amigo (o el mejor de los amigos), pero en la actualidad sería demasiado ambicioso aspirar a conocer o interpretar todas las palabras que el lenguaje del parche contiene. La mayoría de ellas son palabras nuevas que han venido a ocupar el lugar de aquellas que socialmente no son funcionales para el grupo. Es, entonces, un lenguaje en continua transformación como reflejo del contexto en el que se origina. Por eso Halliday habla del cambio de palabras viejas por nuevas, es decir, que “el antilenguaje es un lenguaje relexicalizado”⁵⁵. El lenguaje como elemento a través del cual se puede expresar la visión de mundo que se posee, funciona además como punto de participación. Todos acceden a él, se recrean en él y lo recrean como respuesta a los inagotables cambios que sus realidades sociales involucran.

Con base en este principio de acuerdo podemos seguir abordando el concepto de antilenguaje como definitorio de los procesos de comunicación de estos grupos. Ahora bien, es claro que todos los elementos que participan dentro de la construcción social de la realidad están disponibles para que de ellos se haga su respectivo uso social. El lenguaje no escapa a ello. Para esto introduciremos el concepto de uso social, el cual nos parece apropiado en términos de la aplicación y de los recursos de que se valen los pandilleros para hacer uso del lenguaje.

4.1.1. Usos Sociales del Lenguaje

Interpretaremos este concepto referido a la orientación que le da Michel de Certeau: una estrategia, un “valerse de” que se viene a integrar en la amplia gama de cotidianidades de una sociedad para establecer vínculos inmediatos que permitan adaptarse y apropiarse del lugar como escenario de sus contingencias diarias. Estas estrategias se interiorizan, se reproducen y se ensamblan en el que hacer del grupo⁵⁶.

⁵⁴ Halliday alude a los términos utilizados por ciertos grupos delincuenciales que se enmarcan en el territorio del antilenguaje si cumplen con una característica definida. Estos términos “equivalen a un antilenguaje solo si admitimos en esa categoría algo que es simplemente la jerga profesional asociada a las actividades de una contracultura delictiva”. *Ibíd.* Pág. 214.

⁵⁵ *Ibíd.* Pág. 214.

⁵⁶ DE CERTEAU, Michel. *La Invención de lo Cotidiano*. Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. México. 2002. Pág. 36.

Sin estas construcciones el manejo del espacio estaría limitado a reproducciones sistemáticas y análogas al lenguaje estándar, lo cual haría compleja la relación entre el escenario y sus actores; ahora bien, se pueden reconocer dos direcciones en los procesos comunicativos dentro de una pandilla: el vertical desde la jerarquía y el horizontal desde la comunicación con sus pares. Aquí hay una diferenciación de uso, en la cual para cada nivel jerárquico del grupo hay filtros lingüísticos, es decir, formas de interiorizar y aceptar esas relaciones de poder que, en cualquier circunstancia, lo hacen apetecible. Dicho más concretamente, la verticalidad de estas formas de comunicación implica un referente claro y, reforzado por el lenguaje, sobre quién es el referente de la pandilla, por ejemplo, y quiénes forman parte del conjunto de ramificaciones orgánicas del grupo, ya mencionadas en el capítulo dos.

Por otro lado, la dirección horizontal implica una constante tensión entre sus partes que trasciende el equilibrio fundado en la cohesión. Al ser un grupo en constante riesgo, deben hallar los mecanismos de fortalecimiento y supervivencia, los cuales inducen a veladas discordias porque en el hecho mismo de afrontar los riesgos se está demostrando aptitud para asumir niveles de mayor responsabilidad; en la dinámica del lenguaje esta tensión apuntala la complicidad entre los pares de la pandilla.

Observemos qué dice Néstor:

“Uy no (risas). Lo que éramos Leopardo, el Gilber y Heibert manteníamos tranzados, en severenda labia, que quihubo parcerito, que si consiguió la marucha, que dónde es la vuelta, que si vamos al borondo. Pero fíjese que todos buscábamos cajoniarnos entre todos, eso tocaba estar pilas porque no faltaba el lambón que lo ensuciara a uno y le salía al Jhon William con una vuelta mejor de la que habíamos charlado”.

Todas las motivaciones para adherirse a las cotidianidades de este grupo están relacionadas con ese intercambio de expectativas en ellos, en que la supervivencia se construye no tanto como necesidad sino como estrategia.

Lo que se propone aquí es que los afectos que los unen parten de una especie de criterio individualizador de bienestar. Podemos decir que hay una retroalimentación afectiva, clave integral de una comunidad emocional, entre la totalidad y la idea de ser parte de un grupo. Es paradójico aquí que lo afectivo tenga un componente racional que, si bien nunca desaparece al menos se repliega para dar paso a las turbaciones, impresiones y emociones que se proyectan como un elemento de fortaleza y convicción en los integrantes de la pandilla.

Vincularse a las actividades del grupo, preocuparse por ellas, participar en ellas es una garantía de “buena salud” del y dentro del grupo. La relación se construye de manera elemental, sin una continuidad de cálculo, simplemente un proceso de identificación básico. Por supuesto, es sistemática y, como tal, implica cierto grado de racionalidad, pero también es innegable que la característica principal es el vínculo sentimental que se le otorga al grupo y que éste devuelve como fortaleza al sujeto. Decir “parcero” es establecer un lazo muy fuerte de reconocimiento.

La conjunción de estas direcciones, en aspectos que integran lo simbólico con lo real configura varias situaciones a través de las cuales se construye el mundo social de un pandillero:

1. La relación con el espacio.
2. Su interacción y rol dentro del grupo.
3. Su percepción de ciudad.
4. La idea de sí mismo.

De igual manera, a cada uno de estos aspectos corresponde un uso social diferente del lenguaje determinado por las necesidades, oportunidades e intereses de los actores que integran la pandilla en función de sus subjetividades y de las conveniencias del grupo.

Por otro lado, hay una exigencia tácita en la comunicación externa, en términos de la necesidad de articularse al entramado regular de la sociedad, aunque interiorizando permanentemente su sentido de exclusión; es una paradoja que sintetiza lo simbólico en lo real. Es esa condición, tan contradictoria y confusa, de utilizar recursos de integración que los sitúan dentro de dos dimensiones, la que lleva a los jóvenes pandilleros a modificar sus formas lingüísticas frente a circunstancias diversas en tanto circulan fuera de su grupo. Al fin y al cabo, el modelo de su representación tiene un aspecto ligado a la aceptación exterior de su cotidianidad.

Si observamos bien, esas formas de inserción a cierto nivel del antilenguaje en esferas ascendientes en la escala social conforman un principio de inclusión dentro de las mismas, es decir, si una persona de elevada posición social entiende la palabra “parcero”, aunque no la utilice, quiere decir que hay una adaptación a ciertas formas lingüísticas que no necesariamente lo representan, pero que sí comparten. Aquí se evidencia un carácter ideológico en la inversión pasajera de los atributos preconstruidos de arriba hacia abajo. En otras palabras, es un filtro concreto que traspasa e integra los esquemas de significado desde un mundo hacia el otro, logrando establecerse en la circulación multidireccional de los actos de habla.

En la reelaboración significativa de los términos hay una continuidad acentuada en las interpretaciones que parten del elemento originario. Las mismas se construyen a través de referentes acendrados en la conciencia colectiva, pero a su vez contribuyen a enriquecer un esquema simbólico de construcción del mundo a través de las palabras.

En esa medida, el antilenguaje de la pandilla es temerario, contiene la esencia de su propio carácter; involucra fragmentos de situaciones extremas dando como resultado muchas palabras incomprensibles que son más que un código, un elemento representativo. En otras palabras, su antilenguaje está íntimamente relacionado con su forma de vida, el discurso ligado a la acción:

“Ninguna otra realización humana requiere el discurso en la misma medida que la acción [...] Mediante la acción y el discurso, los hombres muestran quiénes son, revelan activamente su única y personal identidad y hacen su aparición en el mundo humano, mientras que su identidad física se presenta bajo la forma única del cuerpo y el sonido de la voz, sin necesidad de alguna actividad propia”⁵⁷.

Se puede determinar que el cuerpo habla y que los significantes más concretos se vuelven oralidad, de una forma agresiva y fuerte. Más allá de la interacción diaria con elementos inmediatos y cercanos, es la exclusión a la que se ven sometidos su significativo de modelación en la socialización secundaria de un pandillero.

Por eso salvan una brecha entre lo que se desea y la manera de conseguirlo. En muchos casos la representación del ser está ligada a la inmediatez de las apariencias. En otras palabras, la pandilla otorga la oportunidad de sentirse “alguien” muy diferente a los niveles de ser “alguien”.

La perspectiva del “ser” viene dada por la exterioridad, la del “sentirse” desde las dinámicas internas. En ese sentido, la exclusión es construida a partir de lo que se desea y no de lo que se tiene. Se integran elementos en varios niveles del deseo: lo que soy, lo que quiero ser, lo que tengo y lo que quiero tener. La satisfacción de esas ambiciones las propicia la pandilla. Miremos lo que dice Álex:

⁵⁷ ARENDT, Hannah. La Condición Humana. Paidós Ibérica S.A. Barcelona, España. 1993. Pág. 203.

“Hace tiempo pertenecí, mi primer robo fue a los 14 años y sin necesidad porque tenía mi estudio, tenía todo, me daban todo. Fue por pertenecer al grupo, por supuestamente ser alguien reconocido, porque era en moto, azarados, guardado sí, porque cómo voy a llegar a mi casa, que son gente bien, ¿de dónde iba a sacar pa’moto?”.

El uso social de su lenguaje se evidencia completamente cuando se organiza dentro de este sistema de diferencias, es allí cuando adquiere su *valor propiamente social*⁵⁸, y traspasa la simple dimensión del habla al revelarse en el comportamiento individual. Sus formas de expresión dan cuenta de la forma en que se han apropiado y logran gobernar su propio entorno, definiéndolo para sí mismos dentro de una narrativa que les permite cohesionar sus diferentes historias otorgándoles un sentido de grupo.

4.1.2. Motivación para Usarlo

Dentro de los usos del lenguaje y los procesos de comunicación que originan, se logran captar los valores simbólicos alrededor de los cuales se presentan las relaciones entre sujeto-objeto y sujeto-otros. Los códigos de diferenciación que se crean para representar al contrario vienen consensuados por un grupo de experiencias compartidas por más de uno, las cuales se instauran en la memoria individual y colectiva.

*El lenguaje es capaz de transformarse en depósito objetivo de vastas acumulaciones de significado y experiencia, que puede preservar a través del tiempo y transmitir a las generaciones futuras*⁵⁹.

Cada término puede adquirir muchos significados de acuerdo al sentido que se le proporcione dentro de la comunicación, a la entonación que se le dé, al espacio donde se exprese. Palabra por palabra se expresa la emoción de quien narra y la experiencia que desea compartir, un término puede recordar siempre un mismo contexto o estar asociado a dimensiones específicas de la realidad.

⁵⁸ BOURDIEU, Pierre. *¿Qué Significa Hablar?* Economía de los Intercambios Lingüísticos. Akal Universitaria. Serie Educación. Madrid, España. Pág. 28. La cursiva es del autor.

⁵⁹ BERGER L, Peter y LUCKMANN, Thomas. *La Construcción Social de la Realidad*. Buenos Aires, Amorrortu editores. Enero de 1994. Pág. 56.

Incluso el mismo origen de una palabra puede estar asociado con una anécdota particular o con una visión concreta del mundo que reúne al grupo en torno a su significado y modo de usarse.

El lenguaje es el principal vehículo de comunicación. Allí se movilizan intencionalidades, intereses y propósitos. Desde los gestos, las actitudes, las miradas e incluso la memoria, se configuran códigos de conocimientos. Es parte esencial de la cohesión de pequeños grupos.

En ese sentido el lenguaje funge como un escudo protector frente a pequeños procesos que pueden fisurar sus procesos de identidad. Si nos referimos a una pandilla como un grupo cohesionado, ellos articulan sus dinámicas en torno a determinadas construcciones idiomáticas, no sólo para la elaboración de su dimensión simbólica, sino también en un nivel más práctico y cercano a las actividades que realizan.

Se profundizó un poco más en las características del lenguaje que utilizan para aportar un carácter clandestino a sus comunicaciones, su lenguaje codificado garantiza su comunicación sin poner en riesgo la seguridad o éxito de sus trabajos. Cada una de éstas como elementos determinantes de su identidad como grupo cuyo referente explicativo estaría ubicado en los contextos sociales y territoriales locales. Un ejemplo de esto es el relato de Albeiro:

“Dentro del mismo grupo peleaban por plata, porque digamos El Cogedor. Te voy a comenzar así: hay alguien que se llama El Inicio, El Inicio es el que de pronto da la información de la persona que lleva la plata y cuánta plata lleva, ¿me entiende? o la que entra al banco y mira ¡tan ese es!, lo señala, de alguna forma da la señal de que es, ¿entiende?, él sabe cuánta plata lleva. Los Cogedores, allí entran ya los cogedores, El Cogedor es el de la moto, los que van en la moto y el que se encarga de quitar la plata, resulta que cuando le quitan la plata, ellos van en la moto, hacen el hecho y se huyen [...] Se habla en clave pero no hay una así... de parce, picar que es coger alguna plata, intentar ganar más. El Inicio, El Inicio es la gente que da la información; El Cogedor, la palabra lo dice: el que coge la plata; Motoratón el que va a manejar”.

El antilenguaje de que se valen hace parte de ese sistema que los protege de la normalización en términos de una adaptación social. Al mismo tiempo, los reafirma en su consonancia interna, es decir, es la única garantía que les permite comunicarse sin ser intervenidos por terceros.

4.2. LOS LUGARES DE ENCUENTRO: ESCENARIOS DE UNA EXPRESIÓN

Es indudable que el sitio más referenciado por policías, vecinos pero, sobre todo, por pandilleros, es la esquina. A veces, incluso, no es propiamente una esquina en donde se reúnen o, por cuestiones estratégicas, pueden hacerlo en varias esquinas. 'La Esquina' equivale a decir 'El Lugar', el espacio en donde se charla, se comenta, se planea, se decide, se programa. Es como la sala de un hogar. No es necesaria una exhaustiva instrucción previa acerca de las determinaciones de espacio y horario de reunión, el escenario se ha construido a través de la permanente interacción de propósitos, necesidades y la carga simbólica que se le da al espacio, equivalente a las divisiones físicas de una casa.

De tal manera, la esquina retribuye cierta seguridad sobre las propiedades de la pandilla, en términos de la ubicación de un lugar clave que nunca va a desaparecer porque es dinámico desde un matiz emocional. Así, se abre una perspectiva de posibilidad de mecanización de sus acciones, vale decir que se conforma un proceso de adaptación a contingencias espaciales que refuerzan las posibilidades de éxito en las acometidas de la pandilla, como lo relata Álex:

“Si alguien pasa por allí, si está muy sospechoso, o como pueda que lo roben, o como pueda que lo cojan y lo aprieten, como llama uno pa’ ver qué es lo que está haciendo, si le van a venir a hacer la vuelta ellos a uno ahí o qué es [...] Ellos respetan a la gente del barrio. Si no es gente de aquí, depende. Si estamos hablando de respeto que ellos vayan a agredir a alguien, después de que no se metan con ellos, todo está bien. Aunque no faltará el alborotado que se tome unos tragos y ya quiere armarla, así”.

La esquina ha de ser referenciada por un nombre que la nivele circunstancialmente no con propósitos definidos, ya que no necesariamente se relaciona en forma concreta con el nombre de la pandilla o lo que ella dinamiza. Tampoco hablemos de un simple bautizo: es sólo una coordenada espacial que habla de una característica de lo que anteriormente fungía en el sector: un granero.

Pero si intentamos ir un poco más allá, de las causas por las cuales no renominalizaron ese espacio no pueden ser explicadas por una comodidad espacio-temporal. Decir “reunirse en El Molino” equivale a una referencia y da una orden más general, porque el nombre ha sido adaptado –que es un proceso hasta cierto punto metódico– de un acuerdo anterior, en el sentido

de que fue acuñado por los vecinos del barrio. Es una forma de plegarse, más que todo, al carácter de pertenencia al barrio. Al respecto dice Albeiro:

“Ellos parchan en lo que llaman El Molino, El Calvario, en la esquina. Antes allí había un granero y le decían el Molino. Me parece que así se llamaba el granero, pero no me acuerdo muy bien. Allí es donde mantienen. Pero no mantienen ya así muy amontonados como antes, no. Mantienen así en grupitos de dos o tres, regados, por seguridad más que todo”.

El espacio también dice algo de quienes lo habitan e interactúan con él: redefine muchos aspectos de las relaciones sociales que ahí se establecen y se convierte, a través del lenguaje, en una propiedad privada porque restringe accesos a las fachadas físicas y a las comunidades que habitan en ellas. Pero no sólo a través del lenguaje que funge como un canalizador por el cual se transforman los actos en claves de comunicación y se especifican en forma de “código semántico”. Textos, al fin y al cabo, por eso Rossana Reguillo habla de *Texto cultural*, refiriéndose al territorio:

“El territorio de la banda puede ser leído entonces como un texto cultural en el que se objetivan las visiones y representaciones de los actores que lo habitan. Podemos decir que la ciudad y el barrio constituyen un sistema modelante y el territorio es una actualización particular de este modelo sujeto a un ritmo y a un ordenamiento propios”⁶⁰.

4.3. ACTIVIDADES Y CONSUMOS

De acuerdo con algunas acciones adelantadas por los pandilleros, se establecen ciertas características acuñadas en el lenguaje. En otras palabras, también se generan atributos simbólicos que construyen –en el marco de la interacción lenguaje –representación– códigos de una realidad alterna. Desde esa alteridad alegórica emerge una distancia con respecto a lo establecido, no ya como reacción a ello sino como un mecanismo de autoprotección. Ese medio de blindaje lo crea, incluso, la misma saturación de lo que Bourdieu llama el “mercado lingüístico” y, por esas rendijas que abre la necesidad comunicativa en términos muy amplios, se cuelan nuevas formas de oralidad y lenguaje; lo cual nos lleva a considerar estas expresiones discursivas puestas en circulación por los miembros del grupo como el principio fundamental de lo que Maffesoli llama socialidad dispersa⁶¹.

⁶⁰ REGUILLO, Rossana. Op. Cit. Pág. 94.

⁶¹ Ver página 15.

Tanto como el lenguaje, desde el que se desprenden actitudes y acciones, los comportamientos de los pandilleros movilizan la aplicación de sus modos de comunicación. Ya habíamos sostenido que la agresividad denotada en ciertos aspectos de su habla se traduce en una especie de normatividades rudimentarias de comportamiento. Pero en tanto normatividades siempre se desenvuelven al hilo de los pequeños detalles que las pueden fracturar o confirmar, según las subjetividades que las construyen, las demandan y las recrean.

Muchas de las actividades de los pandilleros reordenan una peculiar forma de legitimidad y legalidad. No se apartan de las dinámicas rutinarias de jóvenes de esas edades, pero con un elemento fundamental: en la rumba se prolongan ciertos principios de lealtad colectiva que se transforman en otros escenarios. Al respecto nos dice Álex:

“Ellos parchan normal como un grupo por ahí a charlar, digamos toda la mañana el día que se va a salir, se sale, en la mañana, y no pasó nada, digamos no salió nada, llegan, se reúnen allí, se riegan por ahí, hasta que vuelvan a salir. Rumbean entre el grupo, amistades, siempre es el mismo grupo. Ellos se sienten como hermanos en el momento y pues bien entre ellos, pero cuando se faltonea o hay algo, pues se agarran. No hay sentimiento”.

“Faltóniar”, sinónimo de traicionar, deduce una elaboración de principios que son claros en términos de la intuición sobre los fundamentos de los límites del grupo. Si hablamos de límites hay que considerar la puesta en escena de una idea de justicia, paralela a la institucional. Es una justicia, incluso, calcada de la ordinaria. Miremos un ejemplo relatado por David:

“Una persona que es de acá él mantiene en la calle 9 con 44, mantiene ahí ¿sabe qué está haciendo? Vendiendo vicio, no tiene un peso, porque cuando les pasa eso no tienen un peso, pero cuando están en la cárcel, resulta que el grupo puede reunir para hacer arreglar este man. Pero queda endeudado con el grupo, trabaja pa’l grupo, mientras sale de su deuda, porque nadie te va a regalar plata. Si usted se cayó en una vuelta y no tiene para arreglar, “como amigos”, se busca y se rebusca cuánto es lo que se está pidiendo, pero esa plata la pagás, no es regalada, la pagás. Eso no es vida, ya es costumbre”.

Y, sobre los límites:

“Hubo un caso de uno de los pelaos que le disparó al paciente, de alegría, y tuvo su problema, porque eso no se hace. Quitarle la vida a alguien, sabiendo que no se resistió ni nada... tuvo problema y hubo alguien que le metió la mano pa 'que no sea...”.

En este sentido hay que observar la situación con mucho cuidado. Robar, en la esfera interior del grupo, es la actividad central –y normal– de su dinámica. No lo miran desde el punto de vista de lo que es permitido o no. Pero todo ejercicio de hurto implica una posibilidad de agresión física que puede llegar hasta extremos como el asesinato. En esta narración se observa una marcada distinción entre lo legítimo y lo conveniente. Tratemos de profundizar en este aspecto apelando a la construcción del “Otro”, en la perspectiva de la víctima. Se puede sugerir que el momento inicial del robo (la intimidación armada) abre la posibilidad a una alternativa para la víctima: resistir o no. Cuando la víctima se opone, la proyección de su acto anula su propia entidad. El victimario dispara y deroga la acción del otro sujeto. En caso contrario, cuando la víctima “coopera”, se reivindica su existencia funcional en pos de la operatividad del “hecho”.

Así, el robo moviliza una posibilidad latente de infracción física, pero ésta no es tenida en cuenta más que en casos hipotéticos. La vida humana nunca deja de tener sus atributos sagrados, sólo vehicula un elemento que se debe recuperar de la manera más eficaz posible, con violencia pero sin atentados a la integridad física. La otredad, ese vínculo con la humanidad, se difumina cuando un dispositivo emergente y reactivo se interpone entre lo recuperable y su “original” destinatario.

Hablando de algunos consumos, mencionemos entre otros: la compra de armas, sus atuendos y la consecución de drogas. Hablemos de la compra de armas: es el instrumento principal que posibilita su oficio. Al adquirir un arma, lo hacen con el dinero que se roban, pero es su primer objetivo de inversión. Además, la posesión de un elemento de esta naturaleza les proporciona un cierto nivel de estatus, que se reafirma e incrementa con la puesta en escena de la moto. En palabras de David:

“Las armas las compran, eso es lo que más invierten, usted arma que vea por ahí y si tiene plata, la compra. Se las compran a la misma policía también, porque ellos van y incautan por ahí a otro lado y se guardan una pa'ellos y vienen y la venden. Si es un tres ocho por hay seiscientos, una 7 milímetros también vale lo mismo, una 9 no te baja de un millón, y esa es la más deseada, la 9 milímetros, automática y que tiene 15, el proveedor es de 15, de 15 balas. 15 cartuchos, entonces usted no va a preferir llevar un

revólver de 6, de 5 cartuchos, a una pistola que son 15. ¿Entiende? Entonces se puede enfrentar con la policía y no tener... ellos te ven un revólver y te lo hacen gastar, cuando hay un enfrentamiento, ellos tratan como que vos dispaes, porque sabes cuántos suman, en cambio una pistola... A veces uno se encuentra, están haciendo el hecho y se encontró, o hay veces ya van en la huída y se viene la policía y se pegaron, claro por ver tipos en motos, claro de una, y embalados en una 115, la que más usan, una DT200 [...] Es que no es el hecho, o sea si usted roba tres millones, pero después de esos tres millones van por ahí seis, cinco personas, entonces se divide, gana el que tiene su fierro, si tiene fierro y tiene moto, a esos se les paga una comisión más por prestar la moto y prestar el revólver. Pero de resto, plata plata para arriesgar la vida!!!! Pero esa es la costumbre. La vida del bandido, el final de un bandido es la muerte, una cárcel o quedar inválido. El quedar inválido es lo más seguro”.

Acá podemos encontrar otro elemento crucial de análisis: las relaciones con la policía. Hay una tensión permanente que se cristaliza en mutuos acuerdos o treguas oportunistas y momentáneas tanto de un lado como del otro. Pero en la mayoría de ocasiones la policía aprovecha su autoridad para un beneficio propio dando rienda suelta a la desconfianza de algunos pobladores del barrio y de los mismos pandilleros que encuentran en dicho celo una oportunidad para realizar sus propias actividades. Dice Álex:

“Con la policía es normal, la policía ellos comen, ellos reciben su pedazo, ellos saben cuando la gente llega porque se ve el alboroto y llegan detrás ellos y reciben la vacuna, que llaman. Para que los dejen sanos y no comienzan como... no vienen a hostigar mejor dicho. No es que se la lleven bien, aunque no faltara el torcido. Hay policías que digamos lo han cogido en el hecho a uno, le quitan los revólveres y le quitan la plata y uno por no pagar un canazo, la entrega toda. Porque ellos le dicen a usted: “o la entrega toda o se va”. ¿Qué hace usted? Entregar por no ir a pagar un canazo. Así toca, esa es la ley, luego se le carga hambre y todo y téngalo seguro que el día que dé papaya se le hace pagar”.

Un juego de retaliaciones que tiene como telón de fondo una resemantización del ejercicio de la justicia. Porque, en este caso, lo que se disfraza tras la legalidad es, precisamente, el puente por donde la legitimidad de una nueva ley incursiona y se asimila en el imaginario de estos muchachos. Claro, la explicación de esto se encuentra en la corrupción, según nos dice “Negrolín”:

“La policía no ha servido de nada, inclusive ellos son del 100%, el 50% son corruptos, ellos siempre cuando encuentran un bandido o alguna cosa, ellos, depende... le quitan lo que haiga robado y ‘bueno váyase’, o lo paran con un fierro, se lo quitan y ‘bueno váyase, no ha pasado nada’. Y allí ha existido la olla más grande de expendio de todo eso, pero todo eso lo trabajan ellos bajo cuerda también, cobran impuestos, entonces, imagínese, por ahí empieza la corrupción”.

De ahí se desprende la total ausencia de respeto y de acatamiento de normas judiciales y constitucionales: corrupción y cobardía nos ponen al frente de una “institución inútil”, como refiere Albeiro:

“Yo soy bachiller, iba a estudiar derecho, me hubiera gustado y me trama, pero me metió fue el ejército. A mi me dio pesar que me hayan sacado, y todavía, yo veo ese uniforme y... lo siento todavía. Yo tengo respeto por esa gente, no por los policías, por estos no, y eso que tengo un hermano que es policía, a él le gustó su policía. Esta gente no sabe que es un combate, no sabe qué es comer mierda.

Yo he tenido cantidad de problemas con estos manes, ¿por qué?, porque yo les digo: ‘ustedes son arrebatados aquí, pero yo los he visto correr a ustedes y cagados de miedo, en un pueblo’. Cuando uno llega a un pueblo ellos no saben dónde ponerlo a uno, porque se sienten protegidos. ¿Sabe cómo mantienen ellos en esos pueblos? Con la ropa de civil abajo, porque ellos dicen: ‘el día que se nos meta la guerrilla’, por palabras de ellos, decían: ‘el día que se nos meta la guerrilla, uno va y se esconde, se cambia y salió normal’. Por eso yo les digo: ‘usted es un varoncito aquí’ y me he ganado más de una paliza por eso, porque son unos abusadores”.

Se escenifica el paralelo de los dos tipos de justicia, pero la del pandillaje es circular, en tanto se proyecta dentro del grupo y, en algunas ocasiones, hacia la comunidad barrial. Dentro de esas dinámicas de la delincuencia no hay una orientación específica de comportamientos, reglamentos o estatutos que regularicen actitudes, formas de conducta o tendencias de consumo. Nos referimos al vestuario de estos pandilleros: se puede observar diversidad de atuendos, coloridos, apariencias que complejizan una primaria identificación de grupo, pero que parten de la generalidad del modelo impuesto desde los medios de comunicación. Observemos la descripción que hace Néstor:

“Cuando compran ropa, les gusta la ropa de marca, hay unos que les gusta vestir a lo rapero, hay otros que visten normal, tirando a gomelo, no gomelo, ropa de marca, pura zapatilla. Hay otros que no invierten ni en eso, sólo es la rumba y usted los ve con pantalones de veinte mil, de veinticinco que ni parece que fuera un ladrón de esos”.

Álex relata su propio caso:

“Es que yo no soy de los que llegaba y me gastaba mi plata en rumba, me la gastaba en lo mío, en lo que necesitaba yo, si tomaba sí, pero yo no me enrumbaba con ellos, yo si me iba a tomar, me iba a tomar con mi gente. Compraba lo mío, compraba mi ropa, picao sí porque me gusta la ropa de marca, todavía, cuando puedo pues me compro mi ropita. Esto es Diesel”.

De esto último se renueva la permanente inserción de estas personas en el espacio lúdico de la “rumba”. Al resultar sus vidas tan cortas en potencia, parece que en cada reunión bailable estuvieran celebrando el hecho mismo de asistir a ella y realizarla; podríamos decir que están celebrando la vida.

La mayor parte de lo que perciben lo gastan en la fiesta de ocasión, el resto lo distribuyen en prioridades alternas, incluyendo las familiares, en una situación tan volátil cuanto que es indeterminada la posibilidad de un hecho y la cantidad de lo que obtienen, lo que los lleva a rutinizar esa vida como la única forma de supervivencia. En palabras del joven David:

“Es por falta de oportunidades, ya ellos se acostumbran a la plata fácil, ya no pueden trabajar bien, pero es bobada, porque cuando se hace el hecho lo que primero que hacen es comprar ropa y el resto es rumba, el trago. Se le da plata a la mamá, a la mamá siempre se le tiene en cuenta, ¿si entiende?, pero no es mucho, y al hijo se le da algo también, pero tampoco es mucho. El todo es el trago, perico, pepas. Esa es la rumba y al otro día no tienen un peso. Al otro día una de la tarde se acaba la plata. Y a programar el siguiente”.

Acá interviene el consumo de droga como otra actividad propia de los integrantes de la pandilla. Pero no hay que dirigir miradas específicas a este hecho, pues no es privativo de los pandilleros. En este caso, es una actividad más en –o por– la cual ellos socializan. Sin embargo, en algunas situaciones se volvió evidente el abuso del consumo, resultando en la adicción total y permanente de algunos individuos. Alternamente comentan Álex y Jaime:

“Consumen marihuana, sea perico, sea pepas, hay unos que ya venían conociéndola de su barrio, de su lugar, de su colegio, ya venían con eso, o sea acá hay veces se empeoran, conocen otras. Ellos no salen de eso, más bien no quieren salir. Dicen ‘yo no quiero seguir más en esta vida’ y se quedan sanos, pero ahí están, no saben hacer otra cosa, ahí están... esa es la vida de ellos. Cuando ya están viejos, por ahí hay uno, de los chicos malos de los pesados, de los que se metían al banco, el Mono Joy, usted lo ve por ahí loco, está loco, indigente. Que ha metido droga, de todo. La familia de él tiene plata. Es que aquí no solo hay gente de barrio bajo, hay de modito, sino que les gusta, ya comienza como una adrenalina y ya se quedan ahí”.

“Consumían más que todo marihuana, la marihuana siempre ha estado ahí, así se escasee, ella siempre ha estado ahí, y los pelaos que se tiran por experimentar otras cosas, lo que es el bazuco y todo eso, pero esos pelaos llegan a un grado de que se desintegran como personas, uno ya los ve al poquito tiempo robándose las cosas de la casa, o llevándose las cosas de la mamá, el bazuco, el que inventó eso es un malnacido, eso ha destruido mucha gente, mucha gente de bien, aquí hay gente estudiada con un costal, recogiendo basura y es gente que tiene estudio. Pero es que el bazuco llega, es que los posee y ellos no pueden dejar eso, así se metan a rehabilitaciones, se meten a rehabilitaciones, a fundaciones, duran dos años y salen y vuelven y caen en la tentación. ¡Es muy berraco! Muy berraco una persona que se meta y cambie totalmente ¿sí entiende?”.

4.4. INTERACCIÓN CON LAS MUJERES

Como en casi todas las formas de relación que entabla este grupo, la mujer juega roles contradictorios. Por una parte, están las pandilleras, que participan de una forma estratégica, como nos dice Álex:

“Las mujeres cuando son de la banda son las socias, parceritas, amigas más que todo. Trabajan con ellos, son las que más se prestan y más facilitan el trabajo, porque la mayoría de gente no desconfía de una mujer en una moto pequeña, y ella es la que lo está siguiendo y la que está informando por celular, van dos, van dos siempre, digamos uno en una RX que es un hombre y una mujer y dos en una moto pequeña y se intercalan. Cuando digamos coge la autopista, llega a coger una autopista, una vía rápida, ahí se pega la moto grande, siempre se va comunicando,

¡vé vamos pa'tal lado, vamos pa'tal lado! Y allí vamos a estar. Ahí la oportunidad es cuando hay atrancón, entonces ya el que vio el atrancón, el de la moto bueno ya estamos aquí, están cerca, sí estamos detrás de ellos, entonces que se baje el cogedor que se baje del carro y la pelada que va con el man de la moto que se baje y se monte al carro y luego se les coge de quieto, es berraco”.

Generalmente, las relaciones de pareja están al margen de las actividades del pandillaje. Son esferas distintas y no integrales, porque el mundo de la delincuencia genera posibilidades de sostenimiento familiar. Por el contrario, es común escuchar a los jóvenes padres que desean que sus hijos jamás se vean involucrados en las dinámicas de la delincuencia.

Por otro lado, la imagen del pandillero, dentro de una comunidad que adolece de las garantías que debe brindar el Estado (educación, salud, empleo, cultura, recreación) se realza en la visión femenina del proteccionismo y cierto y discutible estoicismo amoroso:

“Si tienen a la mamá, sería lo único a lo que no le harían daño. Con sus mujeres, la pareja, es cada uno por su lado, más que todo es cama, cada uno por su lado, se enrumba, no llega en dos días, tres días y tienen plata. Los que tienen hijos, sí, es lo más grande, pero de resto no. Se enrumbó y llegó a los dos días y no pasa nada, normal. Hay mujeres que se aguantan eso, porque hay mujeres como las de acá que les gusta el bandido, les gusta el que las maltrate y ahí están”.

Pero la lógica del maltrato hacia la mujer llega al delicado punto de las violaciones. Abusan físicamente de mujeres del barrio, tanto de aquellas que no pertenecen a la pandilla, así como de sus “parceritas”. Observemos qué comenta Néstor:

“Ellos molestan a todas las peladas que ven en el barrio. A la misma socia, a la misma parcerita, hay más de una que la han violao y sigue allí y se enojará un tiempo y sigue allí, o esta trae una amiga o una de ellas se enmoza con uno de otro barriecito y le pone una pieza o algo ahí y en la pieza que viva hay veces le llega el grupo ahí y violan la peladita. Hay mucha pelada violada por aquí sino que comen calladas. Hay veces no, sino que eso es como el derecho de la mujer que deja, digamos ellos cogen hasta la violan y nada pasa y más peligroso cuando ellos están enrumbados. Ellas mismas evitan estar ahí, ya tiene que tener mucha confianza y trabajar hace tiempo con ellos y que ellos no les despierte ningún interés, o que ella tenga alguien también que sea durito entre ellos y la haga respetar. Pero de resto, la que vean por

ahí y saben que es alborotadita y así no sea del parche sino de por aquí y sepan que es alborotadita, la meten en una casa y la violan, tienen que comer calladas, ¡ellas verán! Tengo varias amigas que han violado, pues sí llorarán y todo en el momento y ya, y al otro día todo normal. Ya usted la ve por ahí, así y todo, y como resentida, pero una pelada de por acá tampoco es que sea así como coger una peladita de una casa o algo, que eso sí es duro, para ellas ya no, para ellas eso ya pasó ¡ya qué!”.

A pesar de que hay cierta categorización de las mujeres, esto es lo menos trascendental a la hora del abuso. Aunque este tipo de delitos no es privativo de las pandillas, consideramos pertinente ver qué significativo es el hecho de la violación a las de su propio grupo. Puede ser un componente decisivo tanto en la iniciación como en el mantenimiento de la solidez del grupo. El acto se consume y la cotidianidad retoma sus cauces sin mayores trabas. El delito no aparece porque no es denunciado: las mujeres siguen con su vida normal porque, de una u otra manera, asumieron y/o propiciaron el mal debido a su propia condición.

Jaime complementa:

“Anteriormente, ellos estaban cogiendo de violar a toda mujer que llegaba nueva al barrio. Ellos se volvieron tan porquerías, como se dice, que ellos violaban a toda la pelaíta. Había un grupo de Chicos Malos, que entraba cualquier pelada que no esté o era picada y la violaban. Hubo varias violaciones ahí. Antes el sector era muy caliente, era tremendo, aquí no vivía cualquiera sino el que podía”.

El papel de la mujer en estas dinámicas no es subsidiario ni menospreciado. No se puede decir que la mujer es involucrada “a la fuerza”, puesto que el intercambio de necesidades a nivel de lo que pueden representar hombres y mujeres de una pandilla hace que se equilibren simbólicamente actos como la muerte, la generación de agresividad y todo lo que vehicula un comportamiento violento.

4.5. UN RELATO DE LA CÁRCEL

La consecuencia de los actos de muchos pandilleros es la cárcel. Muchos entran, salen, reinciden y regresan. Algunos mueren allí, otros en la calle ya sea en confrontaciones territoriales o en alguna retaliación planeada por sus enemigos de encierro. Paradójicamente, en el caso de los Chicos Malos – como se puede evidenciar con otros ejemplos–, el reconocimiento de ciertos sectores de la delincuencia y de la propia policía carcelaria –como brazo

legítimo de la rama judicial– les generan privilegios a los de “La 13”. Veamos qué comenta Álex:

“Usted allá en una cárcel no puede ser ni tan ni muy, me explico, ni tan aletoso, ni tan picao a bravo, ni tan güevón, o sea, si le tocó pararse se tiene que parar, o sea a usted lo prueban. Cuando entré a la jaula, se llama la jaula, cuando entra todo el día allá, cuando entramos, antes de irnos de aquí del palacio había más de uno que decía: ‘no, allá yo me paro duro, me tengo que hacer matar, y que yo no sé qué’... uno callado, porque ya sabe cómo es la movida. Llegamos allá y los que estaban en ese pedacito que habían como cuatro que eran del mismo grupo dijeron: ‘vea, aquí no vamos a robar, aquí le vamos es a pedir la colaboración, nosotros somos dueños de este pedazo, ustedes que entraron aquí y nos tienen que colaborar’ y comenzaron así: ‘vamos a pasar por cada uno de ustedes y vamos a ver con qué nos colaboran’. Entregan la plata, entregaron las zapatillas, entregaron... Yo entré con dos más, dos pelaos más, del mismo problema, causa se llama eso, cuando son compañeros en el robo, allá le dicen causa. ¿Entonces qué es lo que pasa? Que llegaron allí, yo le dije: ‘pana, yo tengo diez mil pesos aquí pero no te los voy a pasar’. Y que qué cómo así y tratándolo a uno mal. ‘Cómo así y qué yo no sé qué’. ‘Es lo único que tengo y no te los voy a pasar’... ‘ahh, querés que te apuñalee que yo no sé qué’. ‘Yo a usted al cuchillo no le peleo’. ‘¿Querés que te apuñalee?’ Le dije: ‘me va a apuñalear aquí sin nada, déme algo y si usted es dueño de patio, hágase sentir, yo me hago sentir por lo mío’. ‘ahh, ¿qué como así, estás picao a braver?’ ‘No, si usted me va apuñalear usted no es nada, usted es un pedo’... ah que no sé qué, entonces ya vino un man de esos y le dije ‘yo soy de La Trece’... ‘¡Cómo así!’ ‘Yo soy familia de tal’. ‘No pana, no pasa nada’. Ahh, pero antes de eso me dijo: ‘Ojalá está noche te dejen aquí, que no tengas dónde te manden’. Le dije: ‘ah tan hombre sos que me vas a dar dormido o qué, ahí estás demostrando tu hombría’, entonces se quedó callado, ahí fue cuándo me preguntaron que de dónde era y yo les dije que de la trece y soy familia de tal, ‘ah, pana yo lo conozco, no pasa nada’. Cuando llegamos se pararon, o sea nos mandaron para los patios, resulta que allá uno paga una cantidad de dinero por su celda, o por su pedazo de cama, que son de cuatrocientos a seiscientos; derecho a patio y a pasillo son como cincuenta mil, más cosas de aseo que tenés que dar son otros cincuenta mil y ¡tenés que darlos! Eso lo cobra los dueños de pasillo, el dueño de eso. Y tenés que darlos”.

La cárcel no es sólo el encierro. Tampoco es privación de la libertad, quizás de la exterioridad. Normalmente, al momento de la aprehensión hay un factor reactivo contra lo que se hizo mal o se dejó de hacer por dejarse sorprender. Pero ya en la institución penal hay movilidad flagrante de derechos llevados hasta su última expresión, todo mediado por la circulación de dinero:

“La cárcel es duro, sino que cuando llegás usted no la cree, por lo menos la primera vez usted dice ‘hijueputa la cagué’, reja tras reja, día tras día, registrado, todos los dedos, le toman fotos, le ponen el numero acá, en el pecho, no te dejan la mirada así bien parada, te la agachan para que quedés como mirando feo. [...] Entonces a usted ya le han preguntando pa’qué patio quiere ir, quién lo va a recibir, si tiene amigos o no tiene amigos y en qué patio, entonces usted dice ‘no, yo voy al patio dos, pa’l patio tal’, el que no tiene patio, a ese entonces lo meten al sótano, el sótano es una parte oscura, no tiene luz, no tiene nada, está empozado de agua, ahí caen locos, de todo, los que ya no aguantan en los otros patios los meten allá. A usted le preguntan y uno dice ‘no, tíreme al tres que me están esperando’ o ya ha pagado... todo se agiliza. Siempre lo recibe un amigo a uno, usted siempre sabe dónde tiene a sus amigos, ‘no lléveme p’al cuatro, tíreme pa’l tres’. Claro que nosotros pagamos para que nos dieran un patio bueno, que es el nueve, porque en ese patio no admiten ni que fumés marihuana, sino que en el baño apenas, no se pueden pintar las paredes. Vos entrás y se ve bien todo limpiecito, no se pueden pintar las paredes, si llegás a pintar una pared pagás una multa que son como dos asientos Rímax, y todo bien tenido. No se ven por el pasillo gentes, todo mundo en sus celdas, todo bien organizado. Todo tiene su precio, porque claro, tiene que pagar para entrar allá. Usted lo primero que cuando entra a ese patio, vienen los jefes de pasillo, allá hay un jefe y le dicen: ‘Bueno, aquí no se fuma marihuana ni el baño, ni en el patio ni en el día de las visitas, si usted fuma marihuana entre semana, se puede en el baño. Aquí se hace el aseo, se barre y todo, todo bien organizado’. Todo mundo se encarga de su pedazo y todo. [...] Hay celulares, si te quieren llamar, si querés llamar”.

La cárcel es un espacio transitorio, que no se hace propio, pero que se posibilita gracias a las relaciones que se establecen dentro de él, al dinero y a la concepción de establecerse como un lugar donde la permanencia no se extiende.

Al no encontrar barreras reales en los sitios de reclusión sino permisividades y agilitades en la consecución de sus necesidades, la resocialización se interrumpe y, en lugar de eso, refuerza los componentes de poder de los que

se alimenta el grupo. En otras palabras, el pandillero que sale de la cárcel potencializa sus aptitudes expresándolas y extendiéndolas en la red de actividades de la pandilla.

El escenario institucional de la cárcel no implica un cambio muy drástico respecto a las lógicas de sus lugares de influencia. En ambos espacios se realizan actos delictivos, se compran favores, se disputa el poder y los territorios y el respeto se gana con base en la intimidación y se consolida gracias a la representación.

Si sostenemos que los procesos que se expresan en el exterior se reflejan en menor escala en los sitios de reclusión y si obviamos la proporción de esas expresiones, la inquietud ahora es identificar qué diferencia un espacio del otro. Lo que proponemos es que en la cárcel encuentran lo que implícitamente buscan, es decir, el reconocimiento hacia ellos de todas las características que los hacen pandilleros y, desde la óptica institucional, delincuentes. Lo cual genera una percepción positiva en el proceso de identificación, tal vez una de las etapas más significativas de la carrera delincencial.

Quizás por eso en la mayor parte de sus relatos encontramos alusiones a la vida en la cárcel que se podrían trasladar al exterior, lo cual nos permite evidenciar que la vida de estas personas se adelanta sobre mecanismos rutinarios que hacen de su mundo una constante repetición de necesidades cotidianas, y la forma más eficaz y ágil de satisfacerlas; el único modo de no poder lograrlo es la muerte y aún así en ella encuentran sus propias respuestas.

CONCLUSIONES

Trataremos, en este último apartado, de anudar el recorrido teórico que nos sirvió de base para el modelo analítico con nuestro horizonte particular y concreto que fueron las palabras y el lenguaje de los pandilleros.

Esto lo haremos a la luz de algunas nociones fundamentales. En primer lugar, lo concerniente a tribus urbanas y lenguaje y antilenguaje. De allí integraremos elementos como el uso social del lenguaje con la correspondiente propuesta de Bourdieu acerca del mercado lingüístico; aspiramos llegar a una construcción integral que contenga y sea soportada por aspectos como la configuración del mundo de un pandillero, la influencia inmediata de su entorno y el lenguaje que ellos practican.

Evidentemente, esto nos permitirá proponer respuestas a las dos inquietudes que formulamos inicialmente: ¿cuáles son las modalidades de acción de los pandilleros y qué piensan ellos de sí mismos y del resto de la ciudad?, ¿cómo es el lenguaje que utilizan?

Para iniciar vamos a aclarar que las diversas formas de operación de este grupo, como lo observamos a lo largo de los relatos, se han venido especializando con relación a las necesidades inmediatas que generaba el cambio de las dinámicas de la ciudad. La expansión urbana ha tenido como consecuencia una adaptación de las formas de violencia que los grupos de delincuencia común han moldeado desde el lenguaje. Desde las maneras de intimidación “parroquiales” pero en grado sumo elocuentes (lo observamos, sobre todo, en la literatura novelesca de hace 50 o más años, el clásico: “la bolsa o la vida”) hasta la agresividad verbal que refuerza el hecho con palabras de alto calibre que en un alto porcentaje inciden en el temor de la víctima.

Una ciudad grande se torna excluyente desde su propia estructura, limita muchos movimientos y construye imaginarios urbanos muy divergentes entre sí. De esta manera, a la par de las oleadas migratorias y de otros procesos de identificación, se van creando focos de colectividad que luego se constituyen en comunidades elementales. Así, empiezan a generar pautas de reconocimiento cuya línea de afirmación pasa por la creación, adaptación y uso social de determinadas palabras, lenguajes, actitudes, en fin, formas de comunicación.

Muchas de esas comunidades se hacen más notorias que otras –las causas que nos interesan aquí son la delincuencia y el ejercicio de la violencia- y hacen de esos códigos verdaderas claves lingüísticas que adoptan ciertos ribetes idiomáticos. El ejemplo básico de esto son las pandillas juveniles de algunas ciudades colombianas, cuya jerga se ha constituido en un idioma casi paralelo al oficial. Los giros del habla, los puntos de inflexión, los vocablos novedosos, todo ello hace parte del discurso de un pandillero, en consonancia directa con la agresividad de sus actos y con el mundo que conciben. Esta jerga la habíamos denominado como Antilenguaje.

Los integrantes y ex-integrantes de la Pandilla Chicos Malos evidencian un lenguaje que se liga mucho al ‘Parlache’ de las Comunas Nororientales de Medellín, las variantes lingüísticas son muy pocas. Pero el hecho es que esta peculiar forma de comunicación es, en primera instancia, una estrategia de no reproducción de una lengua oficial a la cual no se sienten plenamente vinculados. Al movilizar, como lo hemos visto, elementos de poder, excluye desde la representatividad dominante a los diversos grupos que no se han configurado institucionalmente.

En ese escenario, que hace parte de las formas de exclusión social de la estructura, la violencia emerge como un sucedáneo de las necesidades insatisfechas. A nivel de las pandillas, la violencia se ejerce desde diversos ámbitos como el hurto, el atraco, el fleteo. Tengamos en cuenta que el sicariato no es una circunstancia inherente al ser de la pandilla, es una forma de escala en el imaginario social de estos grupos.

En términos generales, las modalidades de acción del pandillaje son similares con relación a la fugacidad que supone el ritmo de sus vidas, pero hay pequeños detalles diferenciadores que pueden otorgar un reconocimiento social al margen –o junto con– de sus actividades delincuenciales.

Esto lo podemos evidenciar con los Chicos Malos, cuando Albeiro relata la forma de efectuar un robo. Vimos que la ejecución es rutinaria, lo que cambia es la percepción de ciertas figuras y roles determinantes para la eficacia de la actividad. Albeiro habla de un *Cogedor*, un *Inicio* y un *Motoratón*. Independientemente de su significado virtual o real, este ejemplo ilustra una de las diferencias de los Chicos Malos con respecto a otras pandillas, basados en el glosario que Vanegas ofrece al final de su texto sobre las barriadas populares de Cali, concretamente el pandillaje de la Comuna 20 y del Distrito de Aguablanca.

Recordando a Halliday y su definición del Antilenguaje, observamos una tendencia paralela de éste, con respecto a lengua oficial, a renovarse, readaptarse y reciclarse dentro de su esfera de influencia social. Esos

dispositivos aparentemente aislados pasan a ser referencia inmediata del grupo que los acuña y hace un uso social de ellos, en una especie de confluencia de contexto, necesidad y particularidades lingüísticas.

De igual manera, una misma palabra compartida con un significado único por la lengua oficial puede tener diversas definiciones para las pandillas, definiciones que también pueden ser distintas de acuerdo a la percepción del grupo, por ejemplo la palabra *Agregado*.

Esto nos remite a que el proceso de identificación de una pandilla juvenil tiene una base consistente, por la apropiación de significados notables para sus intereses: la convicción arraigada de un “ser parte de” algo con niveles oportunos de reconocimiento social exterior a ellos.

Con la interiorización de la pertenencia al grupo se establecen los primeros escalones de un reconocimiento fundado en el ejercicio de la violencia; es evidente que sin armas ese proceso de identificación sería débil, pero posible gracias a sus códigos de comunicación que integran cierto paralelismo desde su forma de expresarse hasta su forma de actuar. Lo que se establece aquí es que esa percepción mundana entrafña una relación íntima del antilenguaje con sus procedimientos, relación cuyo puente básico es la agresividad.

Estar dentro de la pandilla construye elementos de institucionalidad desde un carácter interno: hay seguridad, hay convicción, sensación de supremacía y de ciertos grados de obligatoriedad hacia la recuperación de lo que se les ha negado. La socialización primaria, en un medio de exclusión, abona el terreno para que estas características empiecen a incubarse en la cotidianidad de estos niños; dichas necesidades deben ser colmadas a través de una herramienta efectiva, una especie de invitación a hacerlo, y es en la pandilla donde se potencializan y se posibilitan las formas de realizarlo.

Los pandilleros son conscientes de la brevedad de sus vidas. Su manera de hablar, conteniendo esa maraña de vocablos y palabras redefinidas, puede ser una manera de aislar la fatalidad anteponiendo la agresividad proyectada en todas sus actitudes.

Los Chicos Malos son una pandilla juvenil no cohesionada. Desde la propia construcción de lo que representa el líder, observamos cierta dispersión en subgrupos. La dirección vertical del discurso, en el caso de esta pandilla, tiene un componente de sostenimiento de esa línea difusa que comporta la figura del líder, en términos de la importancia de la figura como tal, casi *per se*, y no tanto a las actitudes de esa figura. En otras palabras, no es fundamental lo que diga esa representación, sino, simplemente, que ella lo diga. El ejemplo básico es Jhon William, quien no tiene el ascendiente característico de los líderes; la necesidad de un grupo es sentirse

representado y, en esa medida, protegido. Para que esto fuera posible los Chicos Malos atribuyeron al líder elementos de control sobre el grupo. De ahí se desprende el poder que se dispersa y se siente en los integrantes de la pandilla.

Con respecto a la ciudad, éste es el escenario de referencia y donde se moviliza la materialidad de los propósitos de estos jóvenes. Sus áreas de influencia fueron expandiéndose hasta cierto punto, en el cual confluyeron muchas situaciones que les impidieron traspasar fronteras. Sin embargo, esto fue suficiente para que la ciudad supiera de ellos, análogamente los Chicos Malos construyeron una visión deformada de ciudad a partir del modelo general de la lengua oficial, visión que se hizo consistente en esa forma de compactar su antilenguaje al grado de permitirles autoafirmarse en sus propias creaciones.

A lo largo de este bloque de conclusiones se pueden leer entre líneas las características esenciales que Maffesoli trabajó par la identificación de ciertos grupos como tribus urbanas. Hemos puesto de relieve las formas de comunicación de los pandilleros, con énfasis en su oralidad y establecimos la relevancia que tiene el lenguaje como un componente fundamental e intrínseco de las tribus urbanas.

BIBLIOGRAFÍA

ARENDDT, Hannah. La Condición Humana. Paidós Ibérica S.A. Barcelona-España, 1993.

BERGER L, Peter y LUCKMANN, Thomas. La Construcción Social de la Realidad. Amorrortu editores. Buenos Aires, 1994.

BORGES, Jorge Luis. El Idioma de los Argentinos. Editorial Seix Barral. Buenos Aires, 1997.

BOURDIEU, Pierre. ¿Qué Significa Hablar? Economía de los Intercambios Lingüísticos. Akal Universitaria. Serie Educación. Madrid-España, 1985.

-----, -----. El sentido práctico. Taurus Humanidades. Madrid, 1991.

CRESSEY, D.R. "Role Theory, Differential Association and Compulsive Crimes", en: A. Rose (ed.) Human Behaviour and Social Processes, Londres: Routledge & Kegan Paul.

DE CERTEAU, Michel. La Invención de lo Cotidiano. Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. México, 2002.

DE RESTREPO, María. Percepción, Posición y Propuestas de la Comunidad frente a las Actividades Delictivas de las Pandillas Juveniles de Cali. Informe final de investigación. CIDSE. Universidad del Valle. Instituto Colombiano de Bienestar Familiar –ICBF–. Cali, 1991.

GIBBONS. Don C. Delincuentes Juveniles y Criminales. Fondo de Cultura Económica. México, 1969.

GUZMAN, Álvaro y CAMACHO GUIZADO, Álvaro. Colombia, Ciudad y Violencia. Ediciones Foro Nacional. Bogotá, 1990.

GUZMAN, Álvaro. Diagnóstico sobre la Violencia Homicida en Cali, 1993. Universidad del Valle. Facultad de Ciencias Sociales y Económicas. Cali, 1993.

HALLIDAY, M. A. K. El Lenguaje como Semiótica Social. La interpretación Social del Lenguaje y del Significado. Fondo de Cultura Económica. Sección Obras de Sociología. Colombia, 1994.

HENAO, José Ignacio y CASTAÑEDA, Luz Stella. El Parlache. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín, 2001.

LAZO HUAYLINOS, Héctor Enrique. Etimología del Término "Pandilla". Lima, Perú. 2002. Ver <http://www.monografias.com/trabajos12/pandi/pandi.shtml> - Consulta realizada el día 27 de diciembre de 2006.

MAFFESOLI, Michel. El Tiempo de las Tribus. Icaria Editorial S.A. Barcelona, 1990.

MENDOZA, Mario. Satanás. Editorial Planeta. 2002.

MERTON, Robert. Teorías y Estructuras Sociales. Fondo de Cultura Económica. México, 1964.

NAVIA, José. El Lado Oscuro de las Ciudades. Editorial Intermedio. Bogotá, 1999. Y Confesiones de un Delincuente. Editorial Intermedio. Bogotá, 2000.

Observatorio del Delito –Observatorio Social–. Secretaría de Gobierno, Convivencia y Seguridad. Santiago de Cali, octubre 2001.

PRATT FAIRCHILD, Henry (Editor). Diccionario de Sociología. Fondo de Cultura Económica. México, 1985.

REGUILLO, Rosana. En la Calle Otra Vez. Las Bandas: Identidad Urbana y Usos de la Comunicación. Iteso Editores. Guadalajara, México. Segunda edición, 1995.

TAYLOR, Ian; WALTON, Paul y YOUNG, Jock. La Nueva Criminología. Contribución a una Teoría Social de la Conducta Desviada. Amorortu Editores. Buenos Aires, 1973.

TROPEA, Fabio, PEREZ TORNERO, José Manuel y COSTA, Pere-Oriol. Tribus Urbanas. El Ansia de Identidad Juvenil: Entre el Culto a la Imagen y la Autoafirmación a través de la Violencia. Editorial Paidós. Sexta edición. España, 1996.

VANEGAS, Gildardo. Cali Tras el Rostro Oculto de las Violencias. Cisalva. Universidad del Valle, 1998.

VÁSQUEZ BENÍTEZ, Édgar. Historia de Cali en el Siglo XX. Sociedad, Economía, Cultura y Espacio. Darío Heno y Pacífico Abella Editores. Artes Gráficas del Valle. Primera edición, noviembre de 2001.

VÉLEZ, Luis E. y BANGUERO, H. "Victimización en Colombia: un Análisis Exploratorio del Caso de la Ciudad de Cali", en: FAJNZYLBER, P. y otros (editores). Crimen y Violencia en América Latina. Banco Mundial. Editorial Alfaomega. Bogotá, 2001.

VICEPRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA. Dinámica Reciente de la Violencia en Cali. Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH. Bogotá, abril de 2006.

VVAA, La Carrera Delincuencial en Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional (IEPRI-UN), 2001.

ANEXOS

1. FOTOGRAFÍAS DEL BARRIO



Foto 1. Frontera entre San Pascual y El Calvario. El límite es la esquina que se observa en segundo plano.



Foto 2. Hacia el norte el barrio El Calvario, pequeños negocios informales.



Foto 3. En algunas horas de la mañana, hay personas que se atreven a transitar por ese lugar.



Foto 4. Barrio El Calvario, en una hora congestionada.



Foto 5. Barrio San Pascual. Las fachadas de las casas empiezan a cambiar hacia el sur.



Foto 6. La esquina aludida en la foto 1 es La Esquina de los Chicos Malos.



Foto 7. La Esquina. Lugar de reunión de los Chicos Malos. Conocida también como El Molino.



Foto 8. Reunión de recicladores del sector.



Foto 9. Expendio de drogas.



Foto 10. Mujer saliendo en moto desde la calle colindante con La Esquina. Muy pocas personas se atreven a circular por ahí.



Foto 11. Auxiliares de policía en una de sus rondas.



Foto 12. Pandilleros, expendedores, carretilleros, familias, policías interactuando en un pequeño espacio.